

## *Presentación*

---

José Heras Sánchez

El presente volumen de nuestra Colección se ocupa de un —famoso en su tiempo aunque desconocido hoy— almeriense que destaca por lograr una perfecta simbiosis entre su vida profesional y su compromiso personal, sincero y desinteresado, al servicio de sus conciudadanos.

Siendo las fuentes para su biografía escasas, destaco las aportaciones mejor documentadas de los profesores Josefa Martínez Romero, Fernando Martínez López y Antonio José López Cruces.

Los datos biográficos han sido aportados tanto por los prologuistas de este volumen: el profesor José Siles Artés y el jurista y bibliófilo José Ramón Cantalejo, como por el periodista Manuel León y el estudioso de todo lo almeriense Antonio Sevillano. Todos ellos merecen reconocimiento por su contribución a rescatar del olvido a esta ilustre figura de tan recia personalidad y muy notable obra. Además, en relación con su biografía, este volumen incluye una AUTOBIOGRAFÍA de un valor insuperable. La titula «Sin pies ni cabeza» y su lectura ofrece la oportunidad de, resumidos, disfrutar de todos los aciertos y valores estéticos que, más tarde, encontramos en su creación literaria.

Nacido en la calle Regocijos de la ciudad de Almería, José Jesús García Gómez (1865-1916) (en adelante JJ) presenta —como tantos almerienses coetáneos— un variado y riquísimo perfil humano y profesional, político y social. Su formación jurídica (se licenció en Leyes por la Universidad de Granada) lo llevó a alternar su principal ocupación, la abogacía— en cuyo ejercicio algunos pleitos de-

jaron huella emocional indeleble—, con la política, el periodismo y la literatura.

Desde muy joven su temperamento no se prestaba a las convenciones sociales, a esas redes que los intereses egoístas generan y tejen en las sociedades; contra ellos sus más significativos gestos fueron la ironía y la rebeldía.

Influido por el krausismo, entre sus proyectos sociales destacan su lucha contra el pernicioso caciquismo y el arraigado clericalismo, propugnando, con ahínco, el establecimiento del laicismo en la enseñanza pública y en la vida social. Estos presupuestos fueron defendidos con valentía —asumiendo complicados riesgos— desde su desinteresada dedicación vocacional a la política activa y al periodismo. También cultivó la creación literaria —en especial la narración— no solo como un vehículo apto para la expresión de su compromiso social, sino también ideal para un desahogo intelectual y el más adecuado medio de expresión de su exuberante imaginario personal.

*La Crónica Meridional* (11.03.1916) dice de él:

en todos esos ramos (político, periodista, abogado, orador, novelista) fulguró con las llamaradas de su genio, pero en lo que más se distinguió fue como escritor irónico, pasional. Su elocuencia escrita era brillante, de estilo cálido, varonil, en que se mezclaba una burla satírica, que sin querer él mismo hacía restañar sangre.

Casó con Manuela Bervel Díez y enviudó cuando solo contaba 32 años. Contrajo nuevas nupcias, al año siguiente, con su cuñada Ángeles, con quien residió unos años en Cuevas del Almanzora, donde estuvo vinculado como abogado a distintas sociedades mineras. Allí trabó buena amistad con el periodista garruchero José Bueno Cordero (1867-?), incansable regeneracionista republicano, fundador —en 1894— y director del semanario literario *La Caricatura* y del periódico local *El Eco de Levante*, en el que JJ publicó

narraciones breves inspiradas en sus excursiones a las Sierras Cabrera y Almagrera.

Desde su juventud fue incansable impulsor de la vida cultural local y provincial participando activamente en numerosos foros de debate, en cuantas instituciones existían y actividades culturales se programaban. Desaparecido el Ateneo en 1890, nacieron el Círculo Literario y la «Tertulia del Café Gallego», donde compartían creación literaria y opinión «Los inconformistas»; entre otros: Miguel Jiménez Aquino (1862-1933), José Durbán Orozco (1865-1921), Francisco Aquino Cabrera (1868-1910) y el propio JJ.

Fue tiempo de proliferación de revistas literarias y periódicos de diversa naturaleza, muchos de ellos fundados y dirigidos por nuestro autor, a quien también debemos la revista difusora de la poesía almeriense de aquellos años, *La Ola* (1889), estudiada por la citada profesora Martínez Romero en el capítulo III de su volumen *Instituciones culturales en el siglo XIX almeriense* (2001). Desaparecida *La Ola*, ocupó su espacio *El Organillo*, convertido en la más importante y duradera publicación literaria almeriense, con 32 números en el bienio 1889-90. En 1894 aparece *La Caricatura* con idéntica finalidad y nuevos colaboradores: Antonio Ledesma Hernández (1856-1937), Plácido Langle Moya (1858-1934), David Estevan Gómez (1872-1936), etc.

Tal vez su actividad creativa más preciada junto con la dirección de *El Radical* fue, a partir de 1896, la dirección de la tertulia «La Trastienda», centro de reunión de todos los citados, en la que ocasionalmente, también, participaron Francisco Villaespesa Martín (1877-1936), Carmen de Burgos Seguí (1867-1932), así como numerosos escritores provincianos y algunos ilustres foráneos. Este momento histórico se caracteriza por el choque entre el neolitismo burgués y los intelectuales regeneracionistas que estimulan la aparición de espacios intergeneracionales en los que se entrecruzan debates sobre planteamientos, objetivos y teorías que llevan a

inevitables confrontaciones dialécticas de sus respectivos modelos culturales, sociales y políticos.

\*\*\*

Con respecto a la actividad como periodista, tras crear numerosas cabeceras de medios de escasa vida como *La República*, su acierto más notable fue la fundación en 1902 de *El Radical*, que dirigió hasta 1914. Mas no desapareció sino que su vida se prolongó hasta 1917 bajo la dirección de su partidario y amigo el activista sindicalista Rodolfo Viñas Arcos (1886-?). Tuvo su redacción en la calle Reyes Católicos y compitió con los diarios locales generalistas *La Crónica Meridional* y el conservador y católico *La Independencia*, entre otros. Todos ellos —cada uno desde su propia línea editorial— contribuyeron decisivamente a la creación y extensión de lo que hoy conocemos como «opinión pública». Tan ingente obra periodística demuestra que nuestro autor entendió la escritura, además de como un instrumento de crítica de las instituciones y de formación de conciencia social, también como una herramienta de seducción y captación política.

Desde su nacimiento, *El Radical* («grito de todas las causas nobles, portavoz de todos los ideales de justicia») se convirtió en eficaz órgano del Partido Republicano Radical, comprometido desde su nacimiento con la unificación del fragmentado republicanismo almeriense, afín en gran medida a la Institución Libre de Enseñanza entre otras orientaciones ideológicas. En él nuestro autor firmaba con los seudónimos «Rigoletto», «El pobrecito hablador» y «Perico el de los palotes», seudónimo éste último que también utilizó durante algún tiempo Carmen de Burgos. Finalizada su publicación en Almería (1917), aparece en Madrid (1918) un diario con idéntica cabecera, fundado y dirigido por el que más tarde será Presidente de la Segunda República Española, Alejandro Lerroux (1864-1949). Fue defensor y transmisor, igualmente, de las aspiraciones republicanas.

En política, la militancia de JJ comenzó en el republicanismo federalista de Pi y Margall (1824-1901) para concluir en el centralista de su maestro y mentor Nicolás Salmerón Alonso (1838-1908). En relación con este tema, mantuvo serias diferencias con los dos prohombres de la Unión Republicana Almeriense: el abogado Plácido Langle Moya y el profesor Manuel Pérez García (1867-1927). Éstos optaron por el republicanismo reformista de Melquíades Álvarez (1864-1936), mientras que JJ se decantó por el republicanismo conjuncionista liderado por Rodrigo Soriano Barroeta-Aldamar (1868-1944). JJ se esforzó insistentemente en aglutinar las distintas corrientes existentes en la Unión Republicana almeriense, meta que se alcanzó hacia 1902. Claramente, en política JJ fue epígono de Salmerón.

Para consolidar esta conquista le fue muy útil *El Radical*. Este medio no solo le permitió difundir el ideario republicano, sino también divulgar sus textos literarios, que le granjearon calurosas adhesiones y no menos enemistades, cuya evocación lo indujo a dejar escrito en su «Última voluntad»:

Que vistan mi cuerpo, después de limpio, con un lienzo blanco, no quiero trajes, si a esto añadís un puñado de flores, no me parecerá mal, así me acompañarán las espinas hasta más allá de la vida.

Las «espinas» a las que se refiere proceden del permanente enfrentamiento —siempre en defensa del bien común y de los más débiles— con las oligarquías caciquiles y las jerarquías clericales locales, que le ocasionaron serios trastornos.

Pese a su intensa dedicación a la incansable actividad política de partido y a sus exitosos desahogos literarios, no desatendió la política local institucional, siendo elegido en dos ocasiones —a partir de 1909— concejal del Ayuntamiento de la Capital.

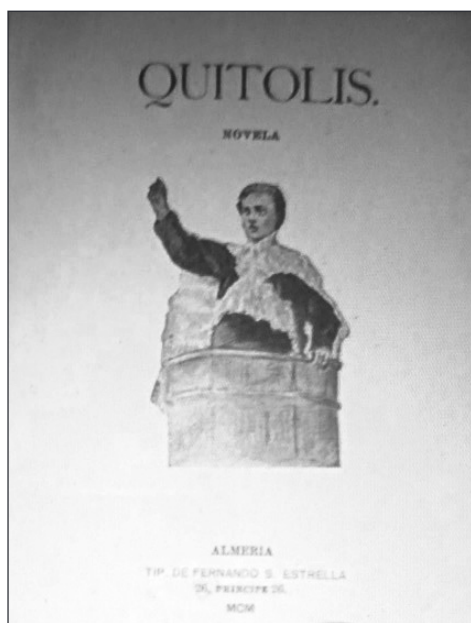
Esta generosa dedicación a la política no agotó su compromiso sino que su inmoderada responsabilidad lo indujo también a presentar su candidatura a las Cortes Generales, alcanzando el

español de diputado por la circunscripción de la Capital en la legislatura 1905-1907 y logrando la nominación a las elecciones de 1916, aspiración frustrada por su muerte.

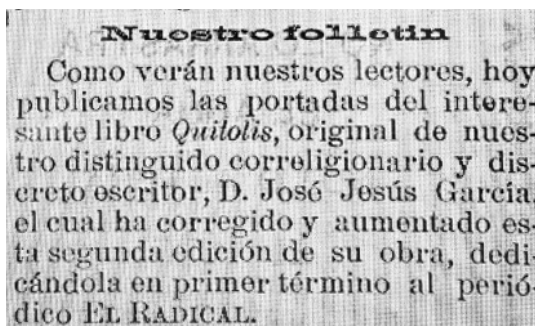
\*\*\*

De entre sus múltiples actividades, en la que menos se significó fue en la literaria, la más interesante ahora para nosotros, cuyo abandono le recrimina justamente Colombine como más adelante veremos. La ya citada profesora Josefa Martínez Romero, experta en literatura almeriense de esta época, lo incluye en la relación de los escritores más destacados entre los aquí residentes, nómina encabezada por Francisco Aquino Cabrera y José Durbán Orozco.

Como escritor es conocido, sobre todo, por su novela *Quitolis*, cuya primera edición aparece en 1900 en la tipografía almeriense de su amigo Fernando Salvador Estrella, como leemos en la sobria portada que sigue.



Anteriormente había aparecido como folletín en el semanario *Germinal* entre 1899 y 1902. Y este mismo año vio también la luz en *El Radical* entre los días 2 y 28 de octubre como se anuncia:

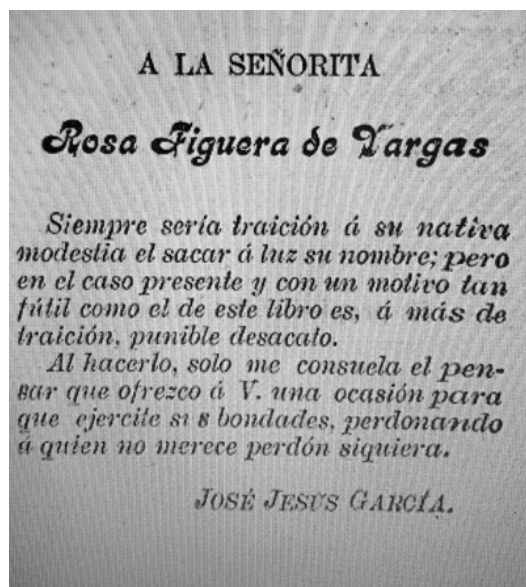


La obra está dedicada a Rosa Figuera de Vargas a quien JJ conocería en Garrucha, población en la que ella residía y que JJ frecuentaba.

No podemos precisar la razón que explique la dedicatoria a esta señorita —probablemente una de las seis innominadas mujeres que aparecen en la foto que recogemos en la página 30 con JJ, Juan Figuera de Vargas (hermano de Rosa) y Pedro Flores—, pero sí nos consta su existencia así como la presencia actual de parientes suyos en el entorno de la población almeriense de Garrucha. En concreto, dos sobrinos nietos e hijos de Marta, sobrina de Rosa: José Miguel Fuentes Figuera de Vargas (1940-2017), presbítero, que ejerció su ministerio en Almería hasta su muerte, y Juan —ahora residente en Madrid—, que pasa temporadas en Garrucha y de quien he obtenido la información que apporto sobre su familia.

Juan me asegura que los abuelos de Rosa, exiliados con los liberales a principio del s. XIX, se instalaron en Burdeos, desde donde los padres de Rosa se trasladaron a París y, al poco tiempo, nació ella. Posteriormente pasaron a Cartagena y de allí a Garru-

cha, en cuyo malecón tuvieron casa familiar hasta el final de sus días. De aquí marcha a Madrid y allí, más tarde, contrae matrimonio con el magistrado Diego Muñoz. La dedicatoria reza así:



Como los temas literarios que ocupan a JJ siempre versan sobre la vida de las personas, en *Quitolis* JJ narra la historia de un sacerdote, el padre Juan. Es conocido como *Quitolis*, sobrenombre cuya etimología nos lleva a la frase ritual religiosa *Agnus Dei qui tollis peccata mundi*. De cuna humilde, es un auténtico filántropo, modelo de virtud, maestro ejemplar, amante de la naturaleza, de carácter tímido y conmovedora fuerza humana. Por fidelidad a sus profundas convicciones religiosas, permanece distante de los ambientes clericales y alejado de la Curia y de toda familiaridad con la jerarquía eclesíástica. Pese a su tradicional formación humanística y teológica tomista, alberga dudas existenciales que lo hacen evolucionar hacia un pensamiento próximo a la heterodo-



xia. Su bonhomía lo hace solidario y muy cercano a la gente sencilla. David Estevan en el Prólogo advierte:

El lector encontrará en esta noble figura un grande y excelente amigo, un alma noble y generosa, digna de amor eterno y de recuerdo.

Un acontecimiento trascendental en la vida del protagonista acaece con ocasión de una leve enfermedad del Magistral. Para suplir su ausencia, el Obispo le encarga la predicación del día de la Virgen del Carmen. El sermón resulta elocuentísimo y muy celebrado por los fieles («deleita y conmueve a la muchedumbre devota»), pero «ofende e indigna a los canónigos del cabildo» por evidenciar el fariseísmo de la clerecía. Les ofende sobremanera la frase: «¡Dios mío, qué frías están las columnas del templo!» En adelante —y pese al afecto que el obispo siente hacia él—, debido a las quejas del Cabildo, se le prohíbe predicar y se le releva de otras funciones litúrgicas y pastorales.

\*\*\*

Una decena de años después de editado *Quitolis*, JJ publica en *El Radical* del 27.01.1909 algunos fragmentos pronunciados por Quitolis que encajan perfectamente en el contexto de su conflictivo sermón. El autor se sirve de un recurso narrativo, el sueño, o tal vez solo la somnolencia. Resulta un recurso sumamente novedoso e interesante que nos confirma la actualización de JJ en las técnicas y recursos narrativos relacionados con el psicoanálisis y el naciente surrealismo así como en el distanciamiento tanto del realismo objetivo como del decadente romanticismo. Alguna influencia se observa del parnasianismo y más aun del simbolismo tan utilizado en su época por los autores más reconocidos. Es nula, en cambio, la presencia en su obra del modernismo, tan seguido, entre otros, por su paisano Francisco Villaespesa. En este texto puede, incluso, intuirse la presencia de lo que más tarde se llamará el realismo mágico. Solo queda apuntado, pues no es ni el momento ni el lugar para un análisis más profundo.

En cualquier caso «Desde el otro mundo» es un texto puesto en boca del protagonista que, a través del sueño de JJ, emite algunas reflexiones muy críticas y perfectamente razonadas. Son consideraciones basadas en la escasamente edificante vida de la clerecía de Pinares (la Almería de la novela) por él conocida pero extensiva a los clérigos de toda la cristiandad. Son, igualmente, razonamientos de Quitolis basados en principios filosóficos y con derivaciones a presupuestos teológicos que explican el castigo — casi la «suspensión a divinis»— infligido al buen cura Juan por la autoridad eclesiástica. Su osadía le procuró el ostracismo que lo condujo a una permanente reclusión. El texto, dado su interés, lo reproducimos íntegro:

El bondadoso Quitolis, aquel curita joven y guapo que un tiempo fue objeto de mis observaciones, y que al cielo voló un día para no volver, tiene la costumbre de visitar alguna vez las soledades de mi espíritu cuando la fiebre me abate. En uno de esos momentos he vuelto a oír su voz tonante y encendida de rara fe, como si ella siguiera clamando desde las alturas del púlpito de la parroquia *por única vez*, en donde abrió su corazón sobre la muchedumbre de los fieles...

La Iglesia católica —decía su acento— inventando santos y creando cultos para ellos, explota a la cristiandad, extravía la fe de los cándidos, corrompe la imaginación de los discretos y aparta el alma de todo espíritu sanamente religioso de la sustancial idea de Dios...

La Iglesia es a la religión lo que la pasta es a un libro; lo eterno, lo accesorio, acaso lo inútil: la deleznable envoltura en cuyo seno aspiramos a conservar páginas bellas, iluminadas por los destellos de un gran espíritu creador. ¡Qué diría si el encuadernador del *Quijote* aspirara por tal título a la inmortalidad que alcanzó su autor! La Roma absorbente y sectaria de los Papas ostenta en el siglo ese triste papel».

.....

«La propaganda de la fe es manca e incompleta. Los pobres curas, encargados de hacerla, son gente poco culta que apenas si influyen en la turbamulta de las beatas y de los ignorantes. Para los demás hombres: para los filósofos, para los poetas, para los intelectuales to-

cados de religiosidad, no hay en el seno de la Iglesia militante ninguna autorizada voz predicadora. Antes, por el contrario, contra éstos y contra sus naturales ansias de saber, se alza siempre la apasionada voz de los indoctos, satirizando sin gracia la obra de los tiempos que es la obra de Dios...

Y a todo esto, los filósofos, los poetas, los intelectuales, los hombres de la ciencia, en suma, muy lejos de nosotros, menospreciando nuestra labor y dando al mundo orientación y sentido que nosotros, los hombres de la fe, no sabemos darle...

¡Tan grande es nuestra soberbia que no vemos el mal que causamos al mundo, al hombre y a Dios, con nuestra especial manera de entender la misión del ideal religioso...!

La fe sana y sincera es el alma del mundo; pero la fe pura, no la ficción de la fe, que es el peor de los engaños...

Más honra a Dios la protesta del racionalista que la sumisión del fariseo.

El primero podrá llegar un día a creer; el segundo confía con su máscara hipócrita a los propagandistas, los desvía hacia otros lugares menos necesitados de la palabra divina, y acaba por morir en pecado, después de haber engañado a los hombres y al mundo... No hay crimen semejante al que realiza el que tiene los labios para la oración y el alma atenta a las mundanas conveniencias. Y, sin embargo: por una poquedad de ánimo y una estrechez de miras, que importa mucho combatir, la Iglesia se paga más de la mentida fe que de la duda, honradamente vivida. ¡Cuán tremendo desacato e irreverencia a la sabiduría del altísimo! Él, que penetra las intenciones de las almas, estará allá en la altura continuamente perdonando a muchos que excomulgamos; castigando a otros que para nosotros viven en olor de santidad. ¡No es fácil que Dios haga las cosas tan mal como nosotros, sus ministros en la tierra, las hacemos!»

.....

No me resigno a que la religión sea exclusivamente refugio de los vencidos, esperanza de los arruinados, consuelo de todos los espíritus abatidos por el dolor. Quiero también que sea alegría de los fuertes, luz de los intelectos creadores, regocijo de todas las almas triunfadoras y dichosas...

En toda oración pedigüeña hay un bajo fondo de egoísmo y de cobardía que empaña el brillo de la fe. En la ofrenda espiritual de los felices hay una generosidad que indudablemente halaga al altísimo. Dios ha de estimar mucho más la oración de los que no necesitan nada de él que la de aquellos otros que, desde el pan de cada día al exterminio de sus enemigos, todo se lo piden...

Procurad por la salud de vuestro cuerpo y trabajad, hermanos. Dios me dice que así también seréis buenos y se os abrirán las puertas del cielo un día».

Dijo la voz tonante y evangélica y calló.

Yo seguí durmiendo.

(Por la copia)

JOSE JESÚS GARCÍA

\*\*\*

Quitolis vuelve a sus costumbres ordinarias hasta que la ceguera lo recluye en su casa, donde, acompañado de su madre, irá envejeciendo. Estando próxima su muerte, las beatas comienzan a cortar trozos de los faldones de su sotana, «con los cuales se fabricaban milagrosos escapularios». Muerto ya,

la madre cayó sobre él, palpando sus frías manos y besando su helada frente. Quitolis no estaba ya allí, se había ido: ¿A dónde? ¡Quién sabía!

\*\*\*

Lo más destacado de la novela es su protagonista, personaje central y único que brilla con luz y nombre propios, el cura Juan, Quitolis. Cualesquiera otros personajes del cosmos narrado —clérigos o laicos (excepto Consuelo, la hija de Don Ventura)— son innominados, desde el obispo hasta el sacristán de la Catedral. El narrador y, tras él, el autor parece que pretenden impedir que na-

die reste protagonismo a Quitolis, demostrando así que solo él interesa para la transmisión del mensaje. Ello no obsta para que uno y otro dejen plena libertad a la interpretación que cada lector haga del comportamiento del protagonista.

Una novedad técnica interesante, relacionada con los personajes, consiste en el guiño que JJ —autor— lanza al destinatario de su nivel narrativo —el lector— incluyendo entre los secundarios a Don Ventura y a su hija Consuelo, que desempeñarán funciones principales en su próxima novela, *Tomás I*. Sorprendentemente, Consuelo se confiesa con Quitolis, quien resulta ser amigo de Don Ventura, el librero de Pinares. Con este recurso técnico narrativo JJ establece conexión entre sus dos novelas, cuyo cosmos ficcional común radica en Pinares. Sus novelas, además, adquieren voluntarios visos de ensayo sobre temas no explícitos sino latentes; todo aquello que en *Quitolis* parece ficción deja de serlo cuando analizamos la distancia entre lo que los clérigos predicán y su comportamiento en la vida real. Con valentía JJ estuvo presto a señalar a través de la ficción, mediando el ejemplo del cura Juan, los defectos de los representantes institucionales de la iglesia católica. En este sentido *Quitolis* presenta un final cerrado, concluido y hasta podría ser considerada novela de tesis.

Sorprende cómo el autor traslada su personal ideario a sus personajes —y a las historias por ellos vividas— de una forma nítida, versátil, pero incisiva y siempre amena, hasta el punto de que aspectos concretos de sus radicales presupuestos ideológicos brillan en un personaje tan estereotipado como Quitolis.

Un desafío lanzado por el autor al lector consiste en que éste salve con acierto la fértil grieta existente entre ficción y no ficción, cuya línea separadora es a menudo indistinguible. Esta circunstancia alcanza su cenit cuando el autor proclama que ha buscado permanentemente en el cementerio una lápida en la que se leyera:

Aquí yace San Quitolis, mártir.

Técnica narrativa merecedora de un adecuado estudio fuera de esta Presentación.

Por una parte, el autor no aparece de forma directa, aunque, como afirma el novelista Javier Cercas, toda ficción es en parte autoficción. Por otra, porque todo escritor suele partir de su propia experiencia. En última instancia, la ficción es un mecanismo narrativo que permite usar elementos reales con entera libertad.

Aunque el resultado de la construcción literaria es una acabada hagiografía de Quitolis, creíble y perfecta, JJ, en cuanto autor, rebasando la realidad pragmática, modela en su imaginación el perfil de un presbítero —¡inexistente por lo perfecto!— que él construye no con elementos conocidos —él andaba muy lejos del ambiente clerical— sino sobre lo que ignora. Escribe no acerca de lo que sabe sino de lo que desconoce, que se ve obligado a ficcionalizar para obtener la finalidad deseada: la denuncia de la sórdida vida del clero colocando ante él la antítesis que supone para ellos la realidad de Quitolis.

\*\*\*

En relación con el cronotopo (tiempo y espacio) el tratamiento de uno y otro difiere. El tiempo es un elemento narrativo que ocupa escasa atención del autor, como lo evidencia el hecho de que el narrador no ofrece pistas que nos permitan fijar el tiempo aproximado en el que vive Quitolis. No obstante, aunque el tiempo de la historia no afecta ni al contenido ni a los valores de la novela, suponemos que el autor fija la historia en su contemporaneidad, hacia el último tercio del siglo XIX.

Lo mismo sucede con el tiempo interior a la narración; es decir, desconocemos con exactitud cuántos años contaba su protagonista, Quitolis, cuando comienza la novela y con cuántos muere. En cualquier caso, si consideramos las circunstancias en las que transcurre la vida del personaje, podemos aventurar que la novela

comienza cuando el cura Juan tiene entre 25 y 30 años y concluye con su muerte, cuando podía contar entre 50 y 65. Por tanto, la duración del tiempo narrado puede oscilar entre los dos y los tres decenios.

En cuanto al espacio en el que transcurre la historia, la importancia de los escasos lugares aparecidos en la novela guardan relación con la trascendencia de estos en la vida del protagonista. Como macroespacio, la acción se desarrolla en la tranquila ciudad de Pinares, cuya magnífica descripción encontramos en las primeras páginas de la novela. Pinares es un lugar icónico, como lo había sido Vetusta en *La Regenta*, (1884) para Clarín y lo será Macondo para Gabriel García Márquez (1927-2014) en *Cien años de soledad*, (1967). Pinares, pequeña capital de provincia, está situada junto al Mediterráneo y cuenta entre sus monumentos con una alcazaba árabe y una catedral-fortaleza, en cuyo interior se desarrollan algunas escenas de la vida del presbítero Juan.

Pero el lugar más importante por ser el más visitado por Quitolis es «El Mirador», situado en el Paseo de San Luis, entre la ciudad y El Puerto, que el crítico Pascual Santacruz (1871-1953) describe en acertados trazos (*El Regional* del 9.3.1903) como

paseo bordeado de palmeras, bañado por un sol africano, que arranca vivos centelleos a las crestas de las olas, del *Mare Nostrum* [...] ambiente el más adecuado para un alma serena y augusta, como la suya, que tiene la placidez de los mares bonancibles y las severas líneas de las antiguas fortalezas.

Santacruz de nuevo recuerda a Quitolis y a su amigo Pepe Jesús en *El Defensor de Granada*, en su artículo «Paisajes almerienses. El Malecón» (4. 4. 1905).

Con respecto a la recepción de *Quitolis*, su difusión y éxito entre los lectores hubo de ser importante, dado que en la prensa madrileña apareció una valoración muy favorable de eminentes críticos y escritores, encabezados por Juan Valera (1824-1905),

quien —recordemos— escribió un sentido epílogo, y Leopoldo Alas Clarín (1852-1901).

También en Madrid, el periódico conservador *La Época* recoge el 6 de enero de 1901, p.2, en su sección «Lecturas», el capítulo «El Domine» de *Quitolis*, que acaba de publicarse en Almería.

Uno de los más conocidos y aceptados cronistas de la época, Rafael Cansinos-Asséns (1882-1964), en *La novela de un literato*, (vol. I, p.91, Madrid, 1982), hablando de la vida en Madrid de Francisco Villaespesa a comienzos del siglo XX, nos da noticia de nuestro autor —aunque por error lo llama Vázquez en lugar de su legítimo apellido García— cuando escribe:

También solían aparecer fugazmente por allí poetas de Granada y Almería, donde Villaespesa había vivido algunos años, cuyas visitas semejaban las de los correligionarios de provincias al diputado del partido. Hablaban de los escritores de allá y sobre todo, de un tal José Jesús Vázquez (sic), autor de una novela, titulada *Quitolis*, que ponderaban mucho.

*El Heraldo granadino* del 22 de octubre de 1900, recoge en su sección bibliográfica la novela *Quitolis*, creación «novísima, de un corte tan especial que encanta». Escribe el autor de la reseña:

El cura Juanico en lucha con las vanidades mundanas, dedicando su vida a la verdadera y santa misión del sacerdote, despreciándose a sí mismo para despreciar el orgullo de los demás, abstraída su alma en la contemplación de la inmensidad de Dios es un carácter, es la obra.

En *El Defensor de Granada* del 30 de octubre de 1900, el poeta Rodolfo Gil, tras citar en su artículo «Literatura regional. Almería. Poesía y novela» a escritores almerienses como Plácido Langle, Antonio Martínez Duimovich, José Durbán Orozco y Paco Aquino Cabrera, dedica su atención a JJ para afirmar que se ha leído de un tirón la historia:



de aquel sacerdote bendito de Dios y cuyo rostro asemejábase a la faz del ángel al que Salzillo dio vida en el paso de «la Oración del Huerto». El hombre, el dómine, el cura y el orador han adquirido tal relieve en la imaginación y en la pluma de JJ que Quitolis ha resultado una verdadera creación suya.

El autor realiza un espléndido estudio psicológico de Quitolis, que, batallando, como las olas del mar que en éxtasis contempla luchando contra las rocas, con las miserias y vanidades de los que le rodeaban, fue un día sacado de su modesto retiro para vaciar su alma grande y valiente desde el púlpito, recibir la mordedura de los áspides fustigados por la sinceridad de su oratoria, quedar ciego en el aislamiento de su retiro y morir como un justo.

La misma fuente menciona el número 16 de la revista almeriense *Resurrexit*, donde se recoge el retrato del joven JJ García, autor de las novelas *Quitolis* y *Tomás I* y diputado a Cortes por Almería.

En el número 68 del 31 de octubre de 1900, pp. 473 y 474, la revista granadina *La Alhambra* ofrece una reseña de *Quitolis*, con la firma de V., encabezando el texto un retrato del joven Pepe Jesús. Por lo que han contado al reseñista sus amigos el periodista Amador Ramos Oller y el poeta José Luis Fernández Álvarez, JJ es un joven abogado criminalista «sabio y elocuente», al que encuentran guapo sus paisanas, que ha decidido dar a la publicidad su novela *Quitolis* antes que la titulada *Tomás I*. De ella comenta:

historia interesantísima de un alma pura, sencilla, libre de pasiones y de delirios mundanos; estudio psicológico y fisiológico tan completo y bien estudiado, que de las páginas bellísimas de esa novela surge un cuerpo de ángel y un alma de santo.

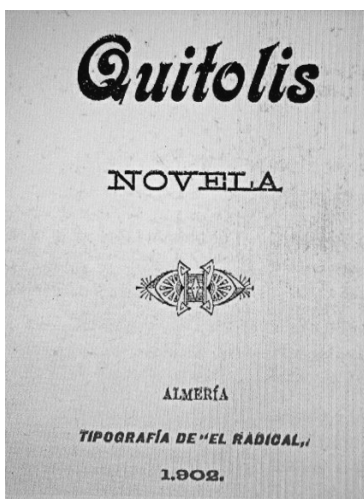
*Quitolis* es un sacerdote modestísimo, bondadoso, todo ternura para sus semejantes; incapaz de suponer maldad en el prójimo; para quien la envidia ni la emulación existen. Sus éxitos como profesor de latinidad no le envanecen, como no le envanecen tampoco

co el triunfo conseguido con su sermón en la novena de la Virgen del Carmen, ni la dulce y afectuosa entrevista con el obispo, que los que se consideraron aludidos en las severas palabras que le sirvieron de tema: «¡Qué frías están, Señor, las columnas del Templo!» reputaron como una reprimenda.

Y concluye V.:

No sé lo que dirá la crítica de esta novela breve, nerviosa, rica en bellísimas descripciones, espléndida en pensamientos e ideas; no sé también si agradará a algunos que el protagonista sea un clérigo, aunque dechado de perfecciones, pero sí puede decirse que es una obra primorosa, digna de figurar entre las que merecen leerse y conservarse.

A mayor abundamiento, el libro está editado con exquisito gusto en Almería, tipografía de Fernando S. Estrella.



En el prólogo de la obra, leemos que se trata de una «primorosa novela» que retrata a Quitolis, un cura de «misa y olla», cuya historia —«pese a su humildad»— llegó a la capital catalana, donde fue reeditada por la acreditada Casa Editorial Domenech en 1915, con un prólogo de David Estevan y un epílogo del afamado

escritor cordobés Juan Valera. Presenta la misma dedicatoria ya aparecida en las ediciones de 1900 y 1902. Dado que es la última edición en vida del autor y dadas las excelentes características de la edición catalana, y para ofrecer al lector también su belleza formal, me ha parecido oportuno reproducirla en facsímil para esta edición.

Atractivo especial añade a la novela el bello y muy interesante epílogo de Juan Valera, quien, pese a su ceguera, atendía a la lectura que su secretario Don Pedro de la Gala le procuraba de cuanto por Correo postal le llegaba.

Esta edición alcanzó tan extraordinaria recepción más allá de nuestras fronteras, que, por ejemplo, ocupó lugar destacado en la prensa argentina, que la publicó por entregas.

Aquí, en su ciudad, el abogado y periodista catalán Pascual Santacruz, reconociendo la extraordinaria calidad de la novela y refiriéndose a la edición de Fernando Salvador Estrella, reconoce en JJ. al «creador admirable del alma augusta de Quitolis». (*El Regional*, 26.10.1901) El mismo medio también se hace eco del éxito de *Quitolis* en la provincia y anuncia que literatos de Garrucha y Vera organizan un banquete para homenajear a su autor. En otra gacetilla, «Viajeros», de 9.3.1901, se informa de que JJ, autor de la renombrada novela *Quitolis*, parte, en esa fecha, en el tren correo para Cuevas.

El 22 de marzo de 1916, *La Crónica Meridional* recoge la nota publicada en el diario *El Reformista* por Francisco de P. Pérez Halcón, que señala sobre nuestra novela:

Conocí «Quitolis» y me bastó para querer a su autor y admirarle. Aquel clérigo, que tenía en su espíritu la luz entera del sol andaluz, lleno de modestia, sin ambiciones, que confundía en sus afecciones el amor a Dios y a la naturaleza, arrastró todas mis simpatías al conjunto de su frase, de su apóstrofe desesperado en el sermón solemne,

base de su efímera gloria: «¡Qué frías están, Señor, las columnas del templo!»

Y las ideas y el comportamiento de Quitolis son percibidos como un reflejo de la personalidad de su creador. Porque de cuantas virtudes resplandecen en el personaje novelesco que realzaban el carácter bondadoso de don JJ, ningunas más admirables que la modestia de Quitolis y la austeridad del exdiputado republicano fallecido. No importa que el uno fuese clérigo y el otro librepensador y «un poco heleno»: que, si el uno tomaba como mejor recreo de su alma contemplar el mar y lanzar sobre su superficie tranquila las meditaciones y deseos de su mística inteligencia, el otro ha mandado que su cuerpo lo envuelva un sudario como la clámide de los griegos en el tiempo del padre Esquilo.



JJ fue un asiduo lector de la mejor literatura no solo anterior sino también coetánea, como se puede deducir de la trascendental presencia en sus novelas de obras de éxito no solo de autores españoles sino también extranjeros en tal número que su nómina excede al propósito de esta Presentación. Por otra parte, no conviene olvidar que es común entre los escritores seguir las corrientes literarias anteriores y —más aun— de su momento, sino también servirse del recurso de la intertextualidad, gracias al cual un autor adopta componentes —referidos ya al contenido ya a elementos formales— de obras precedentes destacadas.

De hecho, con el título de *Quitolis* no es la primera novela, pues unos años antes encontramos la novela costumbrista *Mosen Quitolis* (1893) del novelista y poeta aragonés Joaquín Adán Berned (1860-1895), con prólogo de Luis Mazzantini.

En relación con el contenido, entre los españoles mencionaré a un eminente autor clásico indiscutible, ya citado, Leopoldo Alas Clarín y su obra cumbre *La Regenta*. Son tan notables las diferencias entre *Quitolis* y el *Magistral* como evidente es la similitud entre el micromundo clerical de los canónigos de *Vetusta* y el de *Pinares* («los redondos canónigos del Cabildo»), así como los recelos de párrocos, coadjutores, familiares y beatos mostrando su hostilidad contra *Quitolis* en *Pinares*, o contra el *Magistral* Don Fermín de Pas en *Vetusta*, evidentemente por razones muy distintas. Igualmente, algunas páginas de *Quitolis* nos recuerdan el cuento clariniano «Cambio de luz» (1893), cuyo protagonista, Juan Arial, tras su ceguera, podrá ver con claridad y por primera vez, al igual que le sucede a *Quitolis*, la dura y desagradable realidad.

De entre los extranjeros, se percibe con claridad la influencia de Emile Zola (1840-1902), creador e introductor del naturalismo al tiempo que impulsor de la novela experimental en la narrativa europea. JJ participa de idénticos propósitos —salvando la indudable diferencia de cantidad y (menos) de calidad de sus obras res-

pectivas— descubriendo en *Quitolis* la intención de superar tanto el idealismo y el subjetivismo románticos como el realismo revisionista decimonónico.

Propugna, desde postulados anticlericales, positivistas y progresistas, el análisis meticuloso del ser humano —en este caso concreto, de *Quitolis*— con el fin de elevarlo a categoría de modelo. JJ era consciente de la gran influencia del clero sobre la burguesía y las clases populares a través de la enseñanza, y también, como buen krausista, tenía presente, sin duda, la importancia de ésta en la transformación de la sociedad almeriense y española.

Concretamente, la influencia de Zola en JJ se hace evidente a través del contenido de su trilogía *Las ciudades* (*Lourdes*, *Roma* y *París*), en la que el protagonista, el Abate Pierre Froment, sufre una profunda crisis de fe, que simboliza el fin del catolicismo y el advenimiento de un mundo nuevo positivista y científico que despejará el camino al nacimiento de un hombre nuevo.

*Quitolis*, por su parte, es el hombre que, ya renovado, ha superado las lacras del pasado enfrentándose al presente y abriéndose a un mundo nuevo en el que el naturalismo, el racionalismo y el premodernismo literarios se van imponiendo, aunque la ceguera acabe impidiéndole la clara visión del esperanzador horizonte.

A su vez, si sus novelas se ven influidas por famosas obras anteriores, las diferentes facetas de la temática aparecida en *Quitolis* hallaron un más que probable eco en autores y obras tan importantes como *La Catedral* (1903) de Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928), obra programática de la novela social en la que su autor comparte con JJ una opinión muy crítica sobre la Iglesia («negra, tétrica y gruñona»). Esta novela narra la evolución espiritual de su protagonista, Gabriel Luna, desde su estancia en el Seminario hasta su posterior activismo anarquista con un posicionamiento ideológico netamente anticlerical y doctrinal y teológicamente heterodoxo, coincidente con el del escritor almeriense.

Otra novela y otro autor en los que parece estar presente la temática tratada en *Quitolis* es —a pesar de las diferencias en su escritura— *San Manuel Bueno, mártir* (1931) de Miguel de Unamuno (1864-1936). JJ y Unamuno constatan la santidad que se atribuye a sus protagonistas: si el obispo de la diócesis de Renada anda promoviendo el proceso para la beatificación de don Manuel, de *Quitolis* se nos dice que «andaba en los linderos de la beatitud» y «casi penetraba en las celestes esferas de la beatitud». Bien es cierto que una y otra novelas presentan características muy diferentes tanto en su contenido como en sus recursos narrativos, estructura formal y estilo. Si Unamuno es un creyente con problemas de fe, de JJ —sin explicitarlo él— se deduce un sentimiento de agnosticismo, cuando no de ateísmo activo y beligerante, reforzado a menudo por el uso de la ironía.

JJ escribió otras obras narrativas menos conocidas: la novela *Tomás I* (1902), el volumen de cuentos *Broza* (1908) y la novela *La aparcerera* (1908), que fue publicada en la acreditada colección *Los Contemporáneos*, junto al volumen de cuentos *Broza*, titulado antes por JJ *Pan moreno*.

En cambio, *Sin pies ni cabeza* —título de su autobiografía publicada en *El Radical*, en 1909— acompañará a *Quitolis* en la presente edición, que también incluye otros documentos como «La última voluntad» —continuación cronológica de la autobiografía— y «El testamento político» —incorporado a esta Presentación—. En este interesantísimo documento, también autobiográfico, nuestro autor resume su visión de la política. Todos ellos muestran no solo su maestría como escritor, sino también su profundidad de pensamiento, su sinceridad, su honestidad intelectual y su conmovedora fuerza humana.

Por otra parte, me ha parecido de interés incorporar en facsímil dos números de una interesante revista almeriense, *Patria y poesía*, dirigida y editada por su amigo Fernando Salvador Estrella.

Su contenido constituye un claro testimonio del general aprecio y popularidad con los que JJ contaba entre los almerienses así como el respeto y afecto que le demuestran familiares y amigos escritores de dentro y de fuera de la ciudad. Por ejemplo, la amistad entre JJ y Carmen de Burgos queda patente en la expresiva y autobiográfica carta-confesión, reproducida más adelante, que ésta le dedica a raíz de la muerte de su amigo.

El contenido de la novela interpela al lector, que tiene que responder a la pregunta de qué nos transmite el autor de *Quitolis*, qué mensaje encierra la novela, dando paso a la plurisignificación de su contenido y a la incuestionable libertad que permite a cada lector la interpretación autónoma. La opinión que merecen la personalidad y el comportamiento del cura Juan está fuera de toda duda para el narrador y, por extensión, para el autor, pero cada lector debe formarse una opinión propia acerca tanto del personaje como de la intención de su creador.

En cualquier caso, sorprende que de JJ, militante republicano radical, descreído y anticlerical, proceda la historia de un cura humilde, franco y generoso, dotado de características antitéticas a las del clérigo al uso en las novelas decimonónicas, caracterizado por la soberbia, el egoísmo y la hipocresía.

Con la creación de este cura idealizado puede que el autor pretenda una finalidad didáctica mostrando, a través del ejemplo del protagonista, el camino que deben seguir los miembros de la jerarquía eclesiástica, cuyos defectos evidencia y critica el autor a través de la voz del narrador oponiéndolos a las virtudes de *Quitolis*.

Si sorprendente resulta la profundidad a la que llega el análisis psicológico del personaje más aun impresiona el nivel de conocimientos tanto teóricos sobre cuestiones teológicas y doctrinales en general como pragmáticos de la vida ordinaria del clero. Este



asombro se intensifica si tenemos en cuenta que JJ se encuentra en las antípodas ideológicas del clero.

Entre JJ y David Estevan, prologuista de *Quitolis*, existió perfecta sintonía, aprecio y una prolongada y sincera amistad, que se evidencia cuando éste afirmó de aquél:

Como a *Quitolis*, lo ha perdido su modestia y su apego al pueblo [...] su valer merecía más amplias fronteras.

Estevan, igualmente, elogia sobremanera el idiolecto literario de su amigo, cuya escritura —concisa y directa— caracteriza él como «un estilo sencillo y encantador, marcial y robusto, cadencioso y sonoro».

JJ, como buen escritor, se revela maestro en el manejo de la cadencia, el ritmo y la armonía, y eso hace su prosa musical y muy amena. Y como conversador, el mismo Estevan destaca en él tanto cualidades humanas como dominio de la retórica, afirmando que es

Un polemista de cuerpo entero: justo en la observación, agudo en el análisis, audaz, nervioso, humorista y galano.

Su prosa es, además, rica en recursos literarios alcanzando en algunos pasajes categoría de prosa poética, siendo sobreabundantes las comparaciones, las metáforas y las hipérboles. Tampoco le era ajena la ironía, como demuestran estas palabras de su «Última voluntad»:

Yo no sé si al morir dispondréis de un duro que sea mío. Si le hubiere, colocadlo en una de mis manos encerrado y enterradme con él.

Entre otras innovaciones técnicas, es destacable el hecho de que JJ —desplazando al narrador en tercera persona— se hace presente en la historia lamentando que no se hayan cumplido los deseos de las beatas

pues yo, que anduve siempre interesado en esta historia, he buscado mil veces en el Santoral a «San Quitolis, confesor y mártir» y no le encontré jamás. [...] Sólo llegué a ver un día, allá en un verdoso rincón del cementerio de Pinares [...] una lujosa lápida de fino mármol de Italia; piedra negra, como una noche sin estrellas, en la cual, merced al artístico relieve, pueden leerse estas palabras en dos paralelos renglones esculpidas:

QUITOLIS

Pulvis est

Tras la lectura de *Quitolis* podemos concluir que el autor ha conseguido lo que Montaigne considera el propósito último de todo escritor: trasladar a sus personajes todo lo que él lleva dentro, esto es, hacer que el personaje se convierta —en alguna medida— en el «alter ego» del autor. Y JJ en su interior, como el cura Juan —almas en gran medida gemelas—, albergaba un insobornable espíritu crítico, innumerables ilusiones, proyectos nobles, deseos de que el mundo cambiara. *Quitolis* encarna la ilusión no solo del regeneracionismo contemporáneo (noventayochista), sino también de la utopía de larga tradición histórica en Europa que emerge con Tomás Moro (1478-1535), sigue con Tommaso Campanella (1568-1639) o Erasmo de Rotterdam (¿-1536) y llega hasta él. Es la utopía que JJ quiere que se alcance para el mundo de su tiempo, en el que, por el contrario, y muy a su pesar, impera la distopía.

Mientras JJ vivió, su influencia fue muy considerable, sobre todo en lo social y en la política. Pero él no fue un político al uso, ni menos aun un intelectual orgánico, ni siquiera exactamente un ideólogo en puridad, sino un crítico bastante independiente, atento al imperio de la ley y de la justicia, y sagaz en busca de la utopía. En sus textos —siempre ambiciosos y comprometidos— subyace, por lo demás, la citada ironía que incitaba al debate sobre todo lo humano y lo divino.

En última instancia, en *Quitolis* JJ recrea un perfil clerical idealizado. Se ignora si conocería a algún o algunos clérigos semejantes a su personaje, pero, en cualquier caso, podríamos deducir que, dado su utopismo, esta historia podía ser una invitación a la clerecía de su época para que siguiera la estela vital del protagonista. Por contraste, la crítica del autor es fundamentada, sustantiva y feroz hacia los clérigos, aunque elude alusiones personales identificables, por lo que no generaría un malestar visible entre ellos.

\*\*\*

La muerte de JJ, ocurrida el viernes 10 de marzo de 1916, llegó precedida de una dolorosa y prolongada enfermedad de la que el diario *El Pueblo*, de Almería, entre otros, fue dando detallada información. Igualmente, al dar cuenta de los acontecimientos más notables ocurridos en la ciudad se detiene, especialmente, en los relacionados con nuestro autor.

El 21 de enero de ese año el periódico transmite la grata noticia de que el ingeniero de la Junta de las Obras del Puerto Francisco Javier Cervantes, reconocido cacique, prepotente y jactancioso, ha sido vencido judicialmente por la ciudad y por JJ. Las consecuencias del enfrentamiento con él habían sido tales que muy probablemente contribuyeron a deteriorar la salud de nuestro autor. Ante la noticia, el periódico, gozoso, proclama:

«Un símbolo por los suelos.  
Almería ciñe el laurel de la victoria».

El pueblo celebra este triunfo en la calle. Unas 6000 personas, según el periódico, se dirigen a casa del enfermo gritando «¡Viva Don José Jesús García!». La banda municipal allí presente entona «La Marsellesa» y el vitoreado se asoma al balcón para, con gran esfuerzo, decir: «¡Ante el homenaje que me ofrecéis, yo no puedo hacer otra cosa que enviaros mi corazón!» No pudo continuar, emocionado.

La ciudadanía mostraba así su agradecimiento a quien «entregó su salud por Almería». Entretanto, desde la balconada del Casino algunos socios arrojaron a la calle un retrato de Cervantes, que rápidamente fue destrozado por la multitud. Para poder vencer al cacique Cervantes hubo que crear una especie de Solidaridad que ayudó a llevar a la práctica el gran ideal de su mentor Salmerón.

Una vez nombrados el nuevo presidente del casino y el nuevo ingeniero de las Obras del Puerto solo restaba extirpar el cunerismo que promovían los caciques locales.

El 3 de febrero se recogen los discursos del mitin de la Conjunción republicano socialista en la que JJ ha depositado toda su fe y esperanza. Intervinieron Rodolfo Viñas, director de *El Pueblo*, Rodrigo Soriano, Pablo Iglesias (1850-1925) y JJ quien agradece a Soriano el «inmerecido honor» por la invitación y agradece a los «hombres de la Conjunción republicano-socialista» sus provechosas lecciones. Se ofrece para combatir el caciquismo concluyendo con un «¡Viva Almería libre!» y un «¡Viva los diputados de la Conjunción!» Cerró el acto una entusiasta y formidable ovación.

Al día siguiente, 4 de febrero, visita Almería la compañía teatral de Villaespesa. La Juventud Ciudadana presenta la candidatura a Cortes: José Espinar Garrido (liberal), Ulpiano García Blanes (maurista) y JJ (republicano).

El día 13 se celebra un mitin, en el cine Trianón, contra el cunerismo, presidido por el ilustre exdiputado a Cortes JJ y organizado por la Juventud Ciudadana, de la que es presidente honorario nuestro escritor. Pronuncian discursos Antonio Villegas Murcia, Rodolfo Viñas y Fernando Muñoz Ocaña.

Otro mitin tiene lugar el 18 de febrero, en Alhama, presidido también por JJ con discursos a cargo de los mismos más García Verdejo. Al final, entre aplausos, afirma estar allí como presidente honorario de Juventud Ciudadana porque sus esforzados miembros aceptan que aún puede presidir «con arrestos» «esta hermosa

explosión de rebeldía» de una provincia «castigada y azotada por el caciquismo». Dirá «unas cuantas verdades amargas, pero sinceras».

Lamenta, igualmente, que la Solidaridad almeriense, que reúne fuerzas políticas diversas, no fuera comprendida ni por los republicanos. Afirma que, de haberla entendido, España ya estaría «salvada» y que del éxito de la Solidaridad que soñó Salmerón dependía el porvenir de Almería. Proclama que es hora de acabar con el cunerismo y explicita:

No podemos resistir los insultos y desplantes de unos diputados que no sabemos dónde nacieron, dónde viven, ni dónde han de morir.

Como el caciquismo de Cervantes, que fue dueño de todo y que «nos persiguió con saña, como a las fieras», es el caciquismo de Silvela. Para poder resucitar, Cervantes mendigó a Silvela un acta. Hay que matar políticamente al Silvela cacique. Hay que sacrificar todo a la tierra, «besarla con nuestros labios y abrazarla con nuestros brazos» porque «no puede estar cuidada por hombres extraños» y si lo está es por nuestro olvido y nuestra cobardía.

Con el título «¡Almería, despierta!» (23.2) *El Pueblo* afirma que JJ encarna el ideal de justicia que presidió nuestra vida y nuestra lucha y por ello a su paso brota en todos los labios un ¡viva!, y de todas las manos un aplauso. Justifica que no recogieron su «maravilloso discurso» porque lo escucharon sin copiarlo. Difunden como un bello ideal el de «Almería para los almerienses». Acaba ese día con la jubilosa noticia de que Francisco Javier Cervantes ha sido trasladado a Soria.

Unos días después, el 27 del mismo mes, se difunde un Manifiesto al pueblo republicano almeriense encabezado con la firma de JJ. Entre otros figuran Eugenio de Bustos, Emilio Téllez, Ulpiano Abad, Arturo Navarro, Bonifacio García, Francisco Sánchez Moncada y Rodolfo Viñas.

\*\*\*

Precedida por unos días de intenso sufrimiento para nuestro escritor, llega la muerte, ocurrida —como se ha referido— el día 10 de marzo de 1916.

Son innumerables las muestras de dolor y las condolencias que llegan a su familia, sus amigos, a la redacción de *El Radical* y a la propia ciudad. De ellas recogemos algunos testimonios. La revista *Patria y Poesía* ofrece una amplia información en los dos números que dedica a este tema y que adjuntamos como anexo a esta edición.

A pesar de las diferencias en temas conceptuales, ideológicos y políticos, Antonio Ledesma Hernández, notable jurista y escritor, manifiesta su pesar por la muerte de JJ, con quien mantuvo una respetuosa amistad e, incluso, coincidió en lo relativo a asuntos sociales y al bien común. Lo publica en el periódico *El Pueblo* y lo titula «Homenaje a su memoria», dice así:

¡Ha muerto el gran luchador! ¡Día de luto para la tierra que le vio nacer! La madre Almería ha perdido un hijo preclaro, que la fortificó con su voluntad, la dignificó con sus impulsos y la abrigó con los fulgores de su palabra y de su pluma.

Cuando cae un hombre así, en la insondable laguna que a la orilla de la vida nos aguarda, parece que se desprende sobre ella una montaña, alborotando las mismas aguas serenas de la muerte, que se resisten a cerrarse por siempre sobre él. Aun acabado todo, las ondas de esa Estigia perduran, y sus círculos se prolongan a lo infinito, elevando por todas partes el nombre y la memoria del que fue. Cada ciudad debía tener un Panteón de sus hijos ilustres. Los que en vida le sacrificaron sus horas, le rindieron los frutos de su espíritu y sostuvieron en alto su escudo y sus prestigios, no debieran reposar dispersos en tumbas ignoradas; sino reunidos en filial falange y cobijados por el patrio amor en la nave de un gran Mausoleo.

Bajo las bóvedas de este templo ciudadano, habría que reservarle un lugar preferente a los restos de Pepe Jesús. Almería le debe este homenaje, y ante su sarcófago todos irían a tributarle merecidos honores, y a fortalecerse, para bien de esta patria, con el recuerdo de sus cívicas virtudes.

Su gran amigo Eduardo de Bustos expresa su profundo dolor (Madrid 11.3.1916) en el diario *El Pueblo* con el título «El Defensor Civitatis ha muerto»:

Su muerte nos hace mirar con incertidumbre e inquietud el porvenir.

Al apagarse la luz de sus ojos, los murciélagos y lechuzas que se nutren de la ignorancia y miseria de nuestro pueblo, se aprestarán gozosos a proseguir su interrumpido festín, y rápidamente se adueñarán de todos los resortes de la vida pública, si a ello no nos oponemos resueltamente.

Por nuestra dignidad y «por sacro respeto a la memoria del luchador infatigable» debemos suplir con entusiasmo su luminosa inteligencia. Como símbolo de resurrección moral debería mantener su candidatura en las próximas elecciones. De no ser las elecciones «un conglomerado de bajas pasiones y de intereses despreciables» «¡... el muerto ilustre saldría triunfante de las urnas!» Lo imagino querer desasirse de la muerte para alzar «su voz (pausada, solemne) en defensa de la justicia escarnecida por los fariseos que invaden la vida pública española».

Desde Madrid llega un «En memoria» de G. Pradal Gómez, en el que se lee:

En la ciudad a que quiso mucho, pero a cuyo ambiente no pudo sin duda adaptarse su extraordinaria condición, vivió un hombre de espíritu superior, a quien la popularidad dio, como ejecutoria de simpatía, un nombre sencillo: Pepe Jesús. [...] Cuando ha poco me despedí de él tal vez pude pensar que su fin se acercaba; pero tal pensamiento no pudo entrar en mi corazón, y con el dolor me ha llegado la sorpresa.

Por mi memoria desfilan los rasgos de su ingenio y las imágenes de sus bellísimas crónicas. Era un gran poeta.

En términos muy similares se expresan los representantes de periódicos como *El Heraldo de Madrid*:

«Su discurso en el Congreso al defender su acta cuando vino a las Cortes por la circunscripción de Almería fue alabado por todos y le proporcionó un puesto singular entre los diputados republicanos [...] Salmerón le tuvo siempre por uno de sus discípulos predilectos. En *El País*, se lee que «Su primer discurso como diputado le captó las simpatías del Congreso»; y que se le eligió diputado a Cortes para que «con su palabra calidad y talento sereno, liquidara en el Congreso los escándalos de Almería».

El día 12 de marzo, desde Madrid, José Caparrós impresionado por la noticia titula sus palabras de pesar «Una lágrima». Escribe:

Almería «tiene aún pulso», como ha demostrado en el entierro del maestro, que si muere pobre lega a los suyos un «diáfano y nobilísimo historial que los eleva a una envidiable altura». Recuerda que empezó en la prensa «cogido de su mano», que fue él quien le despertó el entusiasmo por la profesión. Por eso, dice, «lloraré amargamente su memoria».

El 15 de marzo, ya enterrado JJ, *EL Pueblo* anuncia a sus lectores que había decidido publicar «la última carta» en el número extraordinario que se le va a dedicar, pero el público «nos ha exigido su publicación y a sus deseos accedemos»:

La hemos leído y de nuestros ojos han caído al final unas lágrimas. Cuantos sienten cariño por Pepe Jesús, no podrán leerla sin que les ocurra lo propio. Su amarga ironía, ha no era más que el velo con que cubría el dolor, llega al corazón con una fuerza irresistible. Leedla, y pensad que quien escribió esto en 1908, pudo escribirlo al nacer y al morir, que en cualquier instante de su vida fue Pepe Jesús un hombre de criterio rectilíneo y de ideales puramente sentidos. No pensó jamás en variar de rumbo y, por eso, la carta que escribió ocho años antes de morir pudo ser escrita en el último momento de inspiración.

Dice así:



## ULTIMA VOLUNTAD DE PEPE JESÚS

(Algo así como mi testamento. Debe abrirse apenas yo muera.

Para cuando yo muera... sí alguna vez muero)

1.º No quiero que vistan mi carne muerta a la usanza del día. El cadáver no es el hombre y el cadáver no debe vestir más traje que el sudario. Vistan mi cuerpo, después de limpio, con un lienzo blanco, como el que velaba las lindas carnes de las mujeres de Tanagra; como la clámide de los griegos del tiempo del padre Esquilo. Si a esto queréis añadir un puñado de flores, no me parecerá mal. Así me acompañarán las espinas hasta más allá del vivir.

2.º No quiero ser sepultado en un nicho agujereado en la pared del cementerio civil. En realidad, no tengo interés en yacer en ningún cementerio. En todos he visto algo así como la sombra del principio de autoridad, la cosa más antipática que inventaron los hombres. Yo yacería en cualquier parte, en cualquier rincón que no tuviese nada de sagrado para los hombres. Donde mi cuerpo exangüe fuese el único objeto que inspirase graves pensamientos al viajero de la vida. Las muchedumbres de vivos me han sido siempre simpáticas: las de los muertos me son odiosas en cierto modo. No debiera haber en ninguna parte muchedumbres de muertos. En ninguna parte más que en la memoria de los vivos.

Pero, en fin; todavía hay mucha imbecilidad sobre el mundo, y hay que resignarse a no estar solos ni siquiera en la tumba. Y como habré de ser sepultado en el cementerio civil, quiero que se me entierre en una bóveda de piedra de las abiertas, sobre el suelo, y bajo la tierra, de modo que nadie «descanse» sobre mi tumba, ni nadie padezca de mi vecindad. Quiero que sobre la piedra de mi tumba dé el sol de la vida y sople el aire del mundo. Tampoco estaría de más que a su orilla brotase un árbol que le diese sombra: no estaría de más sobre todo por vosotros, que sois los que alguna vez la tendréis que contemplar.

3.º También quiero que apenas muera me lleven al cementerio. Los cadáveres molestan en todas partes, más, sobre todo, en aquella donde hicieron más horas de su vida. Si hubiere algunos escrupulos ante

esta exigencia, desechedlos: doy palabra de no resucitar ni dentro de las 24 horas, ni después. Sería de muy mal gusto volver a la vida después de haber gozado un instante, de las dulzuras del descanso.

4.º Yo no sé si al morir dispondréis de un duro que sea mío. Si lo hubiere, colocadlo en una de mis manos encerrado y enterradme con él.

Son numerosos los apelativos positivos que dedica la prensa a JJ y muy negativos a sus adversarios, encabezados por Francisco Javier Cervantes. El 19 de marzo de 1916, tras el epígrafe «¡Marchemos!» se hace público un duro ataque al cunerismo y un elogio, de tono entre bíblico y evangélico, de la figura de JJ:

El «grupo caminante de Almería» que iba en pos del progreso siempre andaba temiendo el asalto de los voraces perros vagabundos que arrebatan actas de diputados y senadores y muerden la honra. El apóstol que sintió los dolores de todos despertó a Almería como Jesús despertó a Lázaro del sepulcro, yendo en vanguardia y apartando a los que hasta entonces se alimentaban «de nuestras entrañas». La jauría fue por fin deshecha, cayó a sus pies, y «la taifa de salteadores» fue vencida por el pueblo honrado, pasando a una «etapa de redención». Cuando se abran las Cortes, «serán barridas por Soriano, Iglesias, Maura y Lerroux las últimas escorias del infame cacicato cervantino. Entonces se verá claro «por qué duermen los sumarios»; entonces «desaparecerán las jurisdicciones especiales; terminarán las protecciones de Gracia y Justicia» y Cervantes pasará a la historia como un bandolero.

¡Adelante, pueblo, toma el bordón del llorado maestro, y sigue tu camino imperturbable, que a tus pies rodarán todos los perros que hoy te ladran!

También desde el Norte de África la importante colonia de almerienses residentes en Melilla manifiesta su dolor por la muerte de JJ a través de los periódicos *La Gaceta de Melilla*, *El Cronista* y *El Heraldo de Melilla*, con textos muy elocuentes.

\*\*\*

Un desconocido, José Sáez, seguramente un obrero, dedica a JJ un sencillo poema de tono popular compuesto en cuartetos. Las estrofas que lo integran nos remiten, tanto en su estructura formal como en su contenido, a composiciones de origen y carácter popular, y abundan en clichés, tópicos y ripios lingüísticos. Valgan estos versos como ejemplo de la admiración que las clases populares almerienses sentían por JJ:

A la memoria de Don José Jesús García  
José Sáez

Como la mejor herencia  
a tus hijos has dejado  
la luz de tu inteligencia  
y un nombre glorificado.

Esto dice el pueblo entero  
que te vio nacer un día,  
el que te llamaba austero  
y tu nombre bendecía.

Esto dicen las campanas  
con su lenguaje sencillo,  
y las flores más lozanas  
y el alegre pajarillo.

Esto te dice la aurora  
cuando te da sus fulgores,  
la mujer encantadora  
y los claros surtidores.

Esto dicen orgullosas  
las estrellas en el cielo,  
y las fuentes rumorosas,  
y el agua del arroyuelo.

Esto dicen en las frondas

los sonoros ruiseñores,  
en las nubes las alondras,  
y el campo con sus verdes.

Esto te dicen aquellos  
que de tu grande cultura  
admiraban los destellos  
lamentando tu amargura

Y en tu tumba vierten flores  
con profundo sentimiento,  
como premio a tus dolores,  
y homenaje a tu talento.

Desde Alhama, Francisco Artés Márquez, presidente de la Juventud Ciudadana de Alhama, reconoce en JJ al «más aprovechable discípulo de Salmerón». Su Almería y su ideal fueron sus dos grandes amores:

Conocidísimo por todas las clases sociales de Alhama, debido a las frecuentes visitas que nos hacía con motivo de la estancia aquí de don Nicolás Salmerón, admirado y venerado por todos, queridísimo del elemento republicano.

Por esos dos amores recorrió en loca e irritante gradación, la gloria, la cárcel, la idolatría, la pobreza, una popularidad para él candorosa, una alta investidura popular; pero su única satisfacción debió ser sentir en silencio el goce de su austeridad salmeroniana allá en el fondo insondable de su inmaculada conciencia. ¡Cómo debe avergonzar su simpática y luminosa figura a los adversarios que combatió, que no veían en los asuntos públicos nada más que negocios! Pues en vida le tuvieron tan en poco, los almerienses le deben su glorificación.

Creó JJ «sagrado e inviolable el honor colectivo de Almería» y para defenderla tuvo «el ardimiento propagandista de los apóstoles y la fe de los mártires». Es motivo de orgullo que surgiera un hombre así en Almería y «puede servir de modelo a generaciones sucesivas».

\*\*\*

El mundo obrero almeriense le estaba muy agradecido, por lo que una Comisión de 16 obreros de la fábrica de mosaicos visitan la redacción de *El Pueblo* y luego van «en colectividad» a depositar sobre su tumba una corona de flores.

Como novedad, el semanario *El Arpón* tiene la feliz idea de poner a la venta antes de la manifestación de homenaje un número extraordinario que, como suplemento, lleva un retrato en cartulina de gran tamaño del inolvidable maestro. Sólo costará 15 céntimos, a pesar de que el número costó más. Este se vende en la Administración de *El Arpón* y en el kiosko de Antonio Segura al precio de 25 céntimos. Los que deseen tener un recuerdo del sepelio, pueden adquirir una fotografía de JJ, obra de Escoz. El acto del sepelio ha sido recogido en unas tarjetas postales que se adquieren a 25 céntimos en el café Suizo, en el estudio fotográfico del señor Escoz, en la Tapicería, plaza de Canalejas 1, o en el establecimiento El Transvaal, calle de las Cruces.

El domingo 18 de marzo, día del homenaje a JJ, sale un número extraordinario de la revista *Patria y Poesía* en el que se da a conocer el último trabajo literario del escritor.

El mismo domingo se celebra la manifestación popular en honor de JJ. Acudieron cerca de 10.000 personas de todas las clases sociales. La prensa agradecerá la asistencia al acto y afirmará que nunca se vio un homenaje semejante en Almería.

El 19 de marzo aparece en *El Pueblo* el artículo anónimo «La ofrenda al sembrador» con el subtítulo «El del Chambergo»:

Las flores, que tanto quiso; las mujeres, para quienes tantas flores tenía; el sol, que admiraba tanto; el campo, del que añoraba la paz; los hombres, por cuya igualdad gota a gota derramó la savia que animaba su cuerpo. ¡Fue de una belleza encantadora la ofrenda a Pepe Jesús! Su tumba se llenó de flores en homenaje a este hombre bueno. Junto a una ligera lluvia, brillaron los rayos del sol. «Este pueblo dormi-

do, constantemente arrullado por las olas mediterráneas, despertó de un lejano sueño, comenzado en la Grecia bella y gentil.» Desde el cementerio se divisaba la ciudad, el mar, el cielo y la sierra «y por las veredas un hormiguero joven, vibrante de luz, caravana florida, friso animado de un templo heleno». Dentro de un año volverá a resurgir la vida nueva, la primavera de las ideas: volverá a visionarse la bella página helena, y las veredas se animarán al paso de la joven caravana florida, y será señalado con el nombre *El día de Pepe Jesús*, el sembrador almeriense.

Como era de esperar, algunos adversarios de JJ, además de no colaborar o sencillamente permanecer al margen del homenaje, aprovechan su entierro en el cementerio civil de la ciudad para atacarlo. En su editorial «La manifestación del domingo en memoria de Pepe Jesús», del 21 de marzo, *El Pueblo* protesta con vehemencia por el artículo aparecido en el diario católico *La Independencia*, que representa la peor faceta de la religión, como «vil mercancía, ocasión de lucro, plataforma de dominación y arma de ruines venganzas». Para atacar a JJ *La Independencia* hubo de dar la espalda al otro Jesús, al de Galilea, crucificado porque también hizo gala de «sentimientos anti-religiosos y paganos». Se recogen varias citas del Evangelio (*Amad a vuestros enemigos, No juzguéis para no ser juzgados...*) y se recuerda a los fariseos que cuando muere un católico, los amigos van al cementerio católico, y nadie protesta por la forma confesional del entierro. La religión es amor, no odio. A los que en vez de difundir el sermón de la Montaña, «ladran como chacales alrededor de una tumba venerada» y «vomitan anatemas contra un cadáver indefenso», los llamó Cristo «fariseos hipócritas». Se concluye invitando a los serviles a Francisco Javier Cervantes a dejar de «graznar a las águilas».

El 23 de marzo, «Un amigo de Pepe Jesús» publica «El plan del maestro. Mi última interviú con Pepe Jesús», pleno de interés:

Unos días antes de morir Pepe Jesús estuve en su casa. Le encontré muy bien, bastante animado. No pude nunca sospechar que estuviera tan próximo su fin. Hablamos de varias cosas, entre otras, de

la campaña contra Cervantes. Pepe Jesús se mostraba satisfechísimo del resultado de dicha campaña, pero decía que era preciso terminarla hasta aniquilar por completo al cacique. Con tal motivo salió a relucir en la conversación el tema de las próximas elecciones generales y di a Pepe Jesús la noticia, que por ahí corría, de que el Gobierno encasillaba al famoso estafador por el distrito de Berja. Pepe Jesús no pudo contenerse y he aquí lo que expresó con toda fidelidad:

No creo que Romanones y Alba, que son dos políticos muy vivos, se atrevan a un desatino semejante. Tanto uno como otro conocen sobradamente los latrocinios del famoso ingeniero y por mucha que sea la influencia que despliegue Besada para que sea encasillado Cervantes, ni el Presidente del Consejo ni el ministro de la Gobernación accederán a esa monstruosidad, porque sería tanto como inferirse ellos mismos el agravio de que se les considerara como encubridores de un ladrón, y no se les oculta que en las próximas Cortes se tratará extensamente por ilustres parlamentarios de los gravísimos delitos cometidos por Cervantes.

Así es que tengo la convicción de que ni el exingeniero de dicha Junta de Obras del Puerto, ni su hermano José María, el extemporero de dicha Junta, serán elegidos diputados. Pero si no fuera así, si Romanones y Alba continuaran el sistema de las protecciones inconfesables y facilitaran a alguno de los Cervantes el acta de Diputado para proporcionarles la impunidad de los innumerables delitos que han cometido, entonces emprenderíamos una campaña aún más activa que la anterior a fin de procurar que no lleguen a sentarse en el Congreso. Por lo pronto, desde el momento en que se conociera oficialmente la noticia de que el Gobierno encasillara a algún Cervantes, comenzarían en Almería otra vez las cencerradas nocturnas con la colaboración de todo el vecindario. Celebraríamos además varios mítines para protestar de la inmoralidad del Gobierno y hasta llegaríamos a la huelga general durante tres días, en señal de desagrado. Y si a pesar de todo esto salía Diputado algún Cervantes, entonces extenderíamos la campaña a la Corte.

Antes de aprobarse su acta en el Congreso, un orador de nota plantearía la cuestión de si el Palacio donde se hacen las leyes puede ser un refugio de delincuentes, y si puede seguir gobernando un

Partido que facilita el Acta de Diputado a un estafador de los fondos públicos para librarle de las garras de la Justicia. En la interpelación que se enfocaría como una cuestión de decoro para la Cámara y en la que se aportaría una abrumadora prueba documental, se aludiría a todos los Jefes de las minorías, a fin de que todos ellos terciaran en el debate. Y si a pesar de todo esto se aprobara el acta de algún Cervantes, entonces yo mismo iría a Madrid a solicitar la colaboración de los Republicanos y Socialistas, para hacer saber a toda España cómo se roba en nuestra Patria impunemente y se premia a los ladrones invistiéndoles de la representación parlamentaria.

Con tales temas tengo pensado escribir un largo folleto que titularé: «Vergüenzas nacionales», «Contribución al estudio de la Historia de la Ética en España», «Cómo se roba impunemente en nuestra patria», «El caciquismo y la justicia en Almería», de cuyo folleto imprimiremos millones de ejemplares para repartirlos gratuitamente con gran profusión por toda España. En dicho folleto, además de describir el tipo del soberbio e ineducado cacique Cervantes, sacaremos a relucir otros tipos dignos de ser conocidos. Solicitaremos también la hospitalidad del Ateneo y de la Casa del Pueblo, para dar conferencias públicas sobre el tema del folleto: «El caciquismo y la Justicia en España», «Los grandes peculados», «La Sociedad Los Tiburones», «El contrabando de tabaco, bencina, sacarina y otros productos». «Cómo se hacen en España pingües fortunas».

Y si a pesar de todo ello llegara a aprobarse en el Congreso el acta de algún Cervantes, aunque éstos son muy frescos y de un gran tupé, creo que no tendrán el valor de sentarse en los escaños, pues una vez constituido el Congreso, se explanaría una interpelación amplísima, donde saldrían a relucir el famoso sumario del año 1910 y los ocho procesos que se instruyen actualmente contra el ingeniero, defraudador, todo ello con una prueba documental abrumadora. Yo ya he sido Diputado a Cortes y no siento halago alguno por volver a ostentar la representación parlamentaria. Me asquea profundamente aquel ambiente del Congreso, pues no puedo adaptarme a sus inmoralidades y convencionalismos. Aquello sólo sirve como un medio para los que aspiran a desempeñar los altos cargos de la Administración y yo nunca los he deseado. Pero, sin embargo, en la



ocasión presente daría diez años de mi vida por alcanzar el acta de Diputado con el solo fin de explicar en el Congreso la interpelación sobre los robos de Cervantes. Conozco el asunto perfectamente, con todos sus detalles, pues hasta he estudiado su parte técnica.

Habría de ir maravillosamente documentado para poder decir cosas sabrosísimas, que habrían de causar gran sensación. Todo ante el temor de que pueda volver a resurgir el odioso tipo del grosero cacique, al que me encargaría de enterrar definitivamente.

Así habló el ilustre Pepe Jesús. Su última interviú es una especie de testamento para sus discípulos.

¡Conque ya lo sabéis, almerienses, a seguir el plan trazado por el maestro para evitar que Almería pueda volver a caer en el degradante caciquismo que ha sufrido!

El 24 de marzo *El Pueblo*, con el título «La soberbia de un necio», publica el severo artículo de un autor anónimo que vuelve a quejarse de que el mismo día del homenaje a JJ *La Independencia* atacara al fallecido.

Tras haber combatido a Cervantes, si pasase su cadáver por delante, el autor descubriría su cabeza y detendría los ataques de su pluma, evitando algo tan rastrero como «ensañarse con un cadáver indefenso». Los inspiradores de estas felonías tienen el tejado de vidrio. El autor del ataque a JJ es solamente «un plumífero lleno de soberbia y mentecatez».

El mismo día 24 de marzo, con el título «Don José Jesús», el comerciante Miguel de Bustos González, miembro de la Juventud Republicana e íntimo amigo de JJ escribe desde Melilla:

Va a prescindir de «públicas jeremiadas» porque intenta hacer conocer «al hombre cuya pérdida lamentáis», puesto que todos los que alabaron al maestro se quedaron «muy por debajo de la verdad». Afirma que conoció al difunto mejor que se conoce a sí mismo. Cuando «ajeno a la tartufería andante», lo ensalzó como lo más estimable de la ciudadanía almeriense, «he hallado la indiferencia de los adaptados a la vulgaridad y hasta a la criminalidad ambiente» y vio que era llamado con burla «el escudero» por la «jauría de las

malas pasiones». Para entender la sugestión que provocaba hay que entender al hombre en su plenitud. Y sobre su literatura señala: «Su *Quitolis* es la novela de un sentimental exquisito; *Broza*, el estallido de un alma de poeta; sus artículos políticos, la sabia y sincera apertura de sus venas.»

Las palabras le salían del corazón, al ritmo de «su pensamiento aquílino». No fue un entusiasta de las flores, como se dice, pues «les tenía cierta prevención intelectual. Era un entusiasta de las rosas de granito. En ese contraste él mismo encontraba su filosofía». A juicio del autor, JJ fue «poeta de granito» que escribió «versos en prosa».

El 25 de marzo, se publica en *El Pueblo* la continuación del artículo de Miguel de Bustos, que recuerda que aunque la musa de JJ era Zola, su ambición última fue

encarnar él mismo la vida de sus personajes novelescos. De ahí que muchos, equivocadamente, le creyeran soberbio. A pesar de su postura de rebelde impenitente, a pesar de tratar a los amigos más íntimos con cierto despego, estos cada vez lo querían más. Es que veíamos que estaba en posesión del «buen sentido». Si se equivocaba, era el primero en reconocerlo. Aun así, tenía de su parte «el buen sentido». Pedía indulgencia tras cualquier error. [...] Su blandura a toda presión justa, su docilidad a la idea del bien, creaba en él la soberbia que ninguno supo o quiso interpretarle.

Si era bueno, tenía el derecho a exigir bondad en los demás. Si daba todo lo que tenía, podía exigir auxilio a los demás en caso de necesidad. Pero «no era soberbio para pedir para sí», sino para los otros. «Era, ante todo, un espíritu profundamente delicado».

En política se inspiró en Salmerón. Me decía en una carta tras la destitución de Cervantes, que la familia de Salmerón, que juzgaba justa la campaña, dudaba del éxito; ahora al triunfar, me han felicitado efusivamente. «Vea usted cómo el espíritu de don Nicolás ha estado también con nosotros.» De don Nicolás sacó su fe republicana, que mantuvo hasta el final. Sabía que se moría. Me lo contó tras el penúltimo ataque. Cuando me interesé por su enfermedad, me contestó en tono pesimista. Sabía que «de otro ataque no había de resucitar». Lo animé hablándole del ensueño de toda su vida, de «la resurrección de

*El Radical*, sobre sólidas bases económicas, fundado con el concurso de todos los almerienses expatriados para que él lo escribiera con la sola condición de conservar la tradición salmeroniana.» Me contestó a vuelta de correo que aunque fuera soñar le subyugaba la idea, «*El Radical*. Segunda época. Órgano de don Nicolás Salmerón y Alonso».

En la continuación de su artículo en *El Pueblo* del 26 de marzo, Miguel de Bustos escribe:

Salmerón, quizá sin saberlo, había hecho de don José un orador formidable; del maestro había tomado multitud de giros oratorios que resplandecían no en presencia de aquél, sino precisamente cuando don José hablaba fuera de la influencia personal de Salmerón.

Le oí improvisaciones admirables, pero recuerdo dos que, pronunciadas fuera de Almería, lo acreditarían de artista soberano. La oración del Bloque de la Izquierda, que hizo levantarse de sus asientos toda la multitud (...); y la que pronunció en una fiesta íntima, en un banquete de despedida de soltero, donde pronunció un brillantísimo sermón laico, de que tan necesitada está la inculta grey ortodoxa.

Otro maestro ejerció influencia decisiva en su vida pública: el gran don Gaspar Núñez Cañadas, el grande y ordenado desordenado, que reñía batallas con las matemáticas para cuidar de su hacienda... y, luego, repartía su hacienda a diestro y siniestro entre sus parientes, antes de morir, dedicando el resto de sus economías a las grandes andanzas de la política salmeroniana. Don Gaspar ha sido el único de quien oí hablar a don José en tono de reprensión: «Eso que acabas de hacer no lo hace una persona decente», le decía en cierta ocasión. Lo que había hecho don José era esto: Que un día se le aproximó un amigo, le pintó una situación desesperada; necesitaba no sé cuánto dinero para no tener que levantarse la tapa de los sesos. Don José se convenció fácilmente de que aquello que tenía delante le planteaba un caso de conciencia... y trescientas pesetas que llevaba en el bolsillo se las entregó al amigo necesitado, olvidándose de que en su casa no había para mandar a la plaza al día siguiente. Don Gaspar hubo de enterarse del rasgo y, apenas lo tuvo delante, le administró la acostumbrada catilinaria, a la que puso por prólogo aquella frase.

De don Gaspar aprendió JJ a «escribir con guante blanco» y a ser «un rebelde con lógica». No le dejaba don Gaspar pasar ni un defecto. «Don José se inclinaba reverente, reconociendo la oportunidad del freno». JJ, bueno «por fuera y por dentro», no mostraba su bondad en público como otros con principios deleznales. No dejaba lugar al odio. De Bustos se confiesa íntimo amigo de JJ, que le confiaba esos secretos de conciencia que no se pueden decir en la familia, para alejarla de sinsabores, ni a todo el mundo, por si no son noblemente recogidos. Nunca lo oyó hablar con odio y rencor de sus enemigos: «era un rectilíneo que ejercía la función crítica con severidad; pero jamás manifestó en privado sentimientos distintos a los hechos públicos.» Gracias a esa «santa limpieza de corazón» ayudó sinceramente a los que más persiguió con su crítica sin que estos se lo requirieran. Si todos querían llamarlo *Pepe Jesús* era porque aspiraban a «tutearle fraternalmente» y lo veían como una «autoridad efectiva, indomable, absoluta.» El autor siempre lo llamó «don José»: para él «era el maestro», aunque no siempre acatará sus dictámenes. «Y en esas íntimas disensiones fue donde me probó don José su *verdadera grandeza*». Cuenta el autor a continuación que cuando ocurrió el incendio de la Delegación de Hacienda, tras una famosa sesión del Ayuntamiento en que JJ había contendido con Plácido Langle Moya y José López Guillén, se reunió con él en *El Radical*, como de costumbre. De Bustos redactó el artículo «Tarde concejal», en el que censuraba la postura de Langle sobre el republicanismo. Don José, como director del periódico, le dijo tras leer las cuartillas: «Esto estará muy bien, yo no lo niego; pero esto no se puede publicar en un periódico que yo dirija». De Bustos le replicó: «Si todo el inconveniente es usted, considero indispensable que me deje la dirección del periódico desde mañana mismo».

El 28 de marzo en *El Pueblo* continúa Miguel de Bustos recordando que su crónica concejal no salió ese día y director y redactor no hablaron más del asunto. Pero al día siguiente salió con la firma de JJ un suelto donde este hacía a De Bustos director del periódico.

Otro día, inspirado en el principio de la integridad republicana, De Bustos condenó en un duro artículo la conducta de José López Guillén:

«no sé si a propósito de la derrota del maestro [armero] Sebastián [López Muñoz]». JJ, delicado de salud, no salió en varios días de su casa. Cuando por fin hablaron del artículo sobre Guillén, JJ le aseguró que no le había gustado, por haber tratado a López Guillén con desconsideración. Aunque fue justo con él, «ha hecho usted ahora una justicia que no era muy necesaria...» Al día siguiente apareció un suelto en *El Radical*, por el que De Bustos dejaba de ser el director y JJ volvía a hacerse con las riendas del periódico.

El 29 de marzo, el republicano Rodrigo Soriano envía a *El Pueblo* desde Madrid su artículo «Pepe Jesús».

¡Tantos recuerdos se agolpan en mi memoria ante la figura del fraternal amigo que conmigo gozara las pocas alegres horas de su atormentada existencia, que fuera imposible condensarlos en pocas líneas!

Pepe Jesús llevaba ya en su nombre el símbolo de su persona. Don José, Pepe, don Pepe... era alma generosa que siempre tuvo abierta su casa a quienes en ella quisieron aposentarse.

¡Jesús!

Como el héroe del Cristianismo, aquel noble espíritu tuvo su Calvario y su Gólgota, sus Pilatos e Iscariotes, Barrabases y Herodes, Gestas y Centuriones de toda laya. Redentor de un pueblo, fue como tal crucificado.

En sus sueños generosos, entrevió días de gloria para Almería, «paraíso de España», a la que quiso redimir. Almería esperaba riego, ferrocarril, inversiones; y, sin embargo, debiendo ser fuente de natural comunicación entre Europa y África, estación de parada entre Londres, París y Argelia, «parece feudo de caciques mazorrales indignos de gozar tan espléndida mansión». Por querer eso, «el redentor de Almería» vio su vida quebrada, «herido, asaeteado, nuevo mártir San Sebastián, por las flechas del infortunio sacrificado».

Era excelso escritor, de gracioso y suelto estilo, elegantes líneas y sencilla profundidad. Debiendo haber escrito, siquiera para maldecirla, la historia de su tierra y de su vida, la pluma genial, que pudo volar cual mariposa en el cielo de Almería, fue oxidándose en la tinta vil de los Juzgados y Escribanías, de polémicas bajunas, ruines querellas. ¡Cómo habían de comprender al gran señor los escribas y fariseos!

Debiendo haber sido quien llevara al Parlamento la voz de Almería, tierra de ideales, que necesitaba de un romántico verbo para hablar a España, vio el poeta, vio el almeriense generoso, cómo lograban su puesto advenedizos y prosaicos hombres que tomaron a Almería cual lecho de meretriz tan pronto poseído como luego deshonorado. Debiendo ser, por su nobleza y generosidad, su dulce trato, sus exquisitos gustos, el hombre adorado que permaneciera bajo campana de cristal sin groseros contactos, el gran artista, el afable camarada, vio manchada su vida por cuanto de vulgar, traidor, tosco, bestial, soez, envidioso, ruin y miserable babeó Almería.

Su Calvario fue más doloroso porque fue prosaico. Perdió su vida en los entresijos de expedientes, en el vulgar embate de pestíferas calumnias y asquerosas discusiones. ¡Merecía morir gloriosamente en campos de batalla que fueran dignos de su persona!

Por eso, «Pepe Jesús» fue el crucificado de Almería.

Murió el mártir en su cruz, pero resucitará.

¡Ha resucitado ya! Santas mujeres le acompañan y discípulos le lloran. El mal ladrón que murió crucificado a su vera, ése no resucitará, no, jamás, si Almería es digna de serlo.

El 30 de marzo *El Pueblo* publica el final del artículo «Don José Jesús» de Miguel de Bustos:

Don José no tuvo enemigos personales, sino circunstanciales, y siempre por circunstancias ajenas a su voluntad. Era una sencilla cuestión de «posición espiritual». Aunque lo desmienta el interesado, el ingeniero Cervantes no fue enemigo suyo. Con «obsequiosa delicadeza» hizo Cervantes muchas cosas para complacer a JJ. Pero cuando hizo lo que no era justo, JJ vio que la campaña contra él debía hacerse. »Y la hizo, sin violencias, sin odios, con toda serenidad de espíritu, como quien tiene el hábito de ser bueno y no tiene que hacer otra cosa que

seguir siéndolo». Lo mismo puede decirse de muchos, que son los que más lo reverencian. Tenía más que bondad, talento y arte, «una autoridad enorme entre sus conciudadanos.» Hasta los que se quisieron sus peores enemigos fueron «los primeros en sentirse invadidos por un respeto personal, que les impedía engañarse a sí mismos». Y parece aludir a una agresión física a JJ, a las prácticas matonescas que promovió Francisco Javier Cervantes. Sólo un espíritu entre bárbaro y grotesco, ajeno en absoluto a la ciudadanía almeriense y caído en Almería como un piojo cae sobre la albura de un manto nupcial, pudo un día, impunemente, profanar aquel rostro austero y aun hacer alarde de su bestialidad. Estaba fuera de la acción y de la influencia personal del maestro; no había oído nada de sus bondades, ni tenía otras referencias que las del odio engendrado por el egoísmo salvaje, que todo lo aplasta y supedita; y quien carecía de toda facultad para discernir, se arrojó sobre aquel cuerpo que no se defendía nunca.

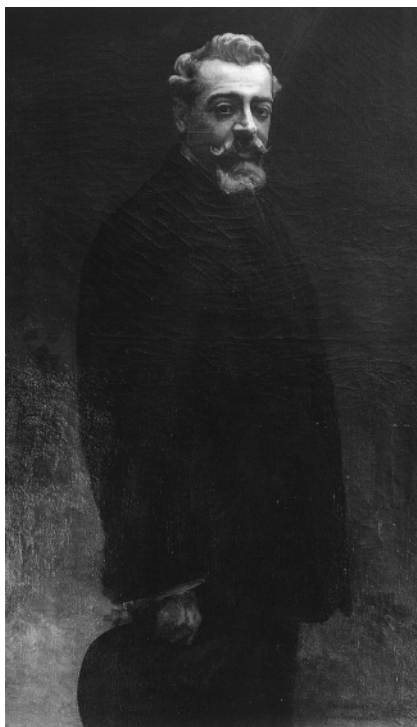
No me maravilla que queráis todos seguir la senda de «Pepe Jesús», pero ha dejado, fuera de su testamento, una herencia difícil de heredar: podréis ser más artistas que él, hablar superándole en elocuencia, y hasta podréis ser tan buenos o más buenos que él: dudarle, a más de una ridiculez, sería una insigne simpleza. Lo que me parece más difícil, lo que creo que no lograréis en mucho tiempo, y quizá en toda vuestra vida, es alcanzar la soberana alteza por él mantenida sobre todos sus conciudadanos, a través de todas sus vicisitudes, y que lo imponían; estuviera con quien estuviera y hablara con quien hablara. Era ésa una cualidad absolutamente personal nacida con su persona y conservada durante toda su vida, sin que él lo hubiera pretendido y sin que se haya ufanado demasiado de ello.

Concluye el autor con lo que admite puede ser una vulgaridad:

en vez de llorar más su memoria, sus admiradores deben continuar su obra con hechos: la patria almeriense ofrece campo suficiente al entusiasmo para gastar energías. «Será la lágrima más sentida, el homenaje más verdadero». A ver quién se siente con fuerzas para seguir tal «apostolado».

El 6 de abril, la Candidatura Ciudadana por la Circunscripción procedió a la elección de Diputados a Cortes, resultando elegidos

José Espinar Garrido y Ulpiano García Blanes. Esta candidatura popular almeriense contra el cunerismo proclamada por la Juventud Ciudadana deberían votarla, a juicio de *El Pueblo*, los electores liberales, mauristas, republicanos, reformistas, obreros y todos los elementos de la Circunscripción conformes con la campaña que inspiró el malogrado caudillo del honor almeriense don José Jesús García Gómez contra el caciquismo y las inmoralidades administrativas, campaña sostenida por los diarios *El Pueblo* y *El Día* y cristalizada en el Parlamento español.



Alguien que firma «S. E. O.», publica en *El Radical* del 6 de abril el artículo «El retrato de Pepe Jesús. Óleo de Ángel de la Fuente»



(1844-1930), elogiando la pintura del líder republicano que acaba de terminar el pintor madrileño:

Con una apostura simpática, reflejo fiel de su gentil espíritu, está retratado nuestro llorado maestro: tiene la frente luminosa, por la potencia de su entendimiento; su cabellera blanca, crespa y rizosa, igual que su barba perilla y su noble bigote, hacen, con sus grandes ojos, un tanto cansado de escrutar las miserias de la vida, un conjunto tan armónico que ello solo dice lo que era el alma de Pepe Jesús. Tiene la figura pintada toda la sencillez que en vida tuvo el maestro; parece como si al andar, con el sombrero en la mano, hubiérase cruzado con nosotros y contestara a nuestro saludo... ¡No estaba así cuando nos dejó para siempre! Parecía un peregrino de la Provenza atravesando los eriales de la farsa ambiente. Tenía en sus días últimos algo de visionario, una atracción mágica...

Pero el pintor ha querido dejárnoslo así, robusto, fuerte, luchador, con la pátina espiritual de los desengaños sufridos entre las zarzas y abrojos de su vida de luchador infatigable. Y que está acertado pruébalo que, al contemplar el retrato no trae a la memoria tal o cual época de la vida de Pepe Jesús; está sintetizado en un momento que pudiéramos llamar *total*.

El autor recuerda que el pintor fue uno de los mejores amigos de JJ.

Agradecido está el pueblo de Almería por tener a Pepe Jesús en el Salón de Sesiones del Ayuntamiento y por tener la firma de Angel de la Fuente en esta obra.

Pedro Belver Cantón, envía para que se publique en *El Pueblo* del 28 de abril, desde Hurlingham (Buenos Aires), su «Homenaje» poético:

Ante la tumba recién cerrada  
del hidalgo caballero  
y distinguido abogado y escritor,  
don José Jesús García

Tras recordar con amor a la Almería de sus padres, afirma que su pensamiento se prosterna ante la tumba del que fue «mi más amado, querido y respetable maestro don José Jesús García».

De entre los almerienses fue grande entre los grandes; digno como caballero y como mártir de la Libertad, de la Justicia y de la Fraternidad, de seguir la huella del genio apostólico de don Nicolás Salmerón.

Si hubiera querido, habría sido una gloria nacional, hizo regional su talento por amor a los suyos y a su «amada Cenicienta» Almería. Andante y aventurero don Quijote, hizo de la República su bella Dulcinea. Por ella luchó, sufrió y amó. En su eterna peregrinación, por ella precipitó su muerte, y cayó en el puesto de honor que le impusiera el Destino, bajo el escudo férreo de su indomable voluntad, con el gesto heroico y varonil que inmortalizó a los espartanos. Bien puede el pueblo almeriense colocar sobre tu tumba una corona de laurel y una lira, y esta lacónica aunque elocuente oración: «¡Aquí yace un hombre!»

Antes de que lo sorprendiera la muerte el 10 de marzo de 1916, JJ había decidido presentarse de nuevo como candidato a diputado a Cortes. *La Crónica Meridional* de ese día afirma:

Vivió poco, pero vivió mucho, porque su vivir fue muy intenso lo mismo en el goce de sus triunfos que en los acibaramientos de sus hondas penas. [...] Desde hace mucho tiempo, su organismo, su complexión robusta y sanguínea venía minada por una de esas dolencias para las cuales la ciencia se muestra impotente. Mas a pesar de adivinarse el prematuro fin de Pepe Jesús, no por eso la noticia de su muerte dejó de ser recibida con espasmos de dolor y circular rápidamente por la ciudad.

El mismo medio narra cuándo y cómo fueron sus últimos momentos:

La muerte aleve, que no respeta ni edades ni categorías, se presentó al amanecer de ayer en la morada del eximio escritor Pepe Jesús y selló, con un helado beso, la existencia de aquel maestro de la plu-

ma, que embelesaba con su cristalina prosa a sus lectores y aun a sus adversarios. Porque Pepe Jesús fue muchas cosas y a los políticos no les faltan adversarios. Según *La Crónica Meridional*, los deseos de JJ para el grave momento de su fallecimiento fueron respetados meticolosamente por sus familiares:

En una sencilla caja negra, puesta en el suelo de una alcoba, cubierta de fresillas, geranios y rosas, vistiendo el sudario, estuvo pocas horas el cadáver en su morada, por disposición misma del finado, y a las once y media de la mañana, mientras una lluvia sutil caía sobre nuestra ciudad, fue conducido al cementerio civil acompañado de una multitud grande que comentaba la tristeza del acto.

Manos amigas y cariñosas, deudos y compañeros, se disputaban el triste consuelo de conducir el ataúd. Ellas lo bajaron de su casa al coche funeral, sin grandes galas, y ellas también lo llevaron desde la puerta de Belén al cementerio civil en hombros, donde hoy será sepultado en la tierra, como él quería, bajo la sombra de un árbol amigo y adonde el sol bajase diariamente a visitarlo.

El diario nos recuerda que «el fin culmina la obra» con estas palabras:

Ya todo acabó, el escritor, su lucha, todo ha desaparecido y solo deja el recuerdo del hombre que hoy descansa en la tierra, y el cual, sin escribir versos, era poeta, porque encaminó su inteligencia, más que por los senderos de la razón, por los de la fantasía. [...] Y terminemos estas líneas enviando nuestro sincero pésame a la que con él compartió sus triunfos y sus desengaños, a la compañera de su vida y a sus cinco hijos que hoy lloran la orfandad.

Por su parte, *El Radical* de ese día nos narra con todo detalle el entierro, que mostró claramente el dolor, el cariño y la admiración de Almería por el convecino fallecido:

Desde las tres y media comenzó a afluir la gente a la Plaza Circular. Poco antes de las cuatro cerraron todos los comercios. La representación del Ayuntamiento la formaban los señores Fernández Burgos, Alonso Pérez López y Villegas. Las sociedades obreras, con sus

respectivas banderas, llevaban coronas y los manifestantes ramos de flores para ponerlos en la tumba del llorado maestro.

Sus hijos formaban en la comitiva llevando una corona, conmovidos doblemente por el recuerdo y por la manifestación de simpatía que iba a acompañarlos hasta la tierra donde reposan los restos del gran almeriense.

Del Círculo Reformista enviaron un canastillo de lindas flores.

A las cuatro y pico se puso en marcha la comitiva. Un gentío inmenso llenaba la Plaza Circular.

Las banderas de las Sociedades obreras formaban detrás de las bandas de música. Conforme la manifestación iba avanzando, de las calles que desembocan al Paseo aflúa gran número de personas, que engrosaban la manifestación, la que al llegar a la Puerta Purchena era imponentísima. Las mujeres desde los balcones rendían con la expresión de sus hermosos ojos el homenaje de su simpatía al que dejó en las bellas páginas de sus libros y en estas hojas ingratas de los periódicos un caudal inagotable de ternura y sutileza, en bellos cantos a la mujer almeriense.

Los obreros, aquellos que recibieron en pleno rostro las santas y rebeldes oraciones del maestro querido, los que con un caudal inagotable de enseñanza recibieron de él el destello de su mirada inflamada de amor, testimoniaron con su presencia casi unánime que aún vive y vivirá siempre en sus almas el amor al caudillo que, exponiéndolo todo, los defendió siempre.

Toda Almería, todas las clases sociales, rindieron ayer con su presencia en este acto imponentísimo y conmovedor un tributo al hombre fuerte que supo defender siempre a su Almería de las garras de todos los tiranos, quemando toda su vida en la hoguera de sus grandes pasiones por su patria chica, que le paga con su admiración y un amor inextinguible, sus desvelos y sus campañas.

El acto de ayer emocionó a Almería entera.

Casi todos los que estaban en la manifestación llegaron al cementerio, donde estaban congregadas más de tres mil personas ante la tumba del maestro, en la que unos dejaron unas flores y otros una mirada de infinito amor, que envolvería el cuerpo del hombre sabio que fue todo corazón y todo luz.

La movilización ciudadana fue general. En *La Crónica Meridional* del 12 de marzo leemos:

En el Ayuntamiento presentó ayer el exconcejal don Eugenio de Bustos González un escrito solicitando que la Corporación Municipal acuerde la concesión a perpetuidad de una fosa en el cementerio civil donde descansan los restos de don José Jesús García Gómez, que a una calle se le ponga su nombre y que además se construya a éste un mausoleo como memoria.

También *El Pueblo* durante los días 10 y 11 publica numerosos textos en los que se llora la muerte de nuestro autor. Entre las numerosas manifestaciones de pésame hechas públicas en medios escritos citaré la aparecida en *La Crónica Meridional* que dice:

Nuestro querido amigo el redactor jefe del importante diario el *Heraldo de Madrid*, don Celedonio J[osé] De Arpe, nos envió ayer el siguiente telegrama: «Asóciome al duelo de Almería, por la muerte de Pepe Jesús, a quien quise como a un hermano.- Arpe».

Pepe Jesús recibió sepultura en el Cementerio Civil de San José. Su muerte y su sepelio ocuparon, como hemos comprobado, un lugar destacadísimo en toda la prensa. También en dos números monográficos de la Revista *Patria y Poesía*, que, por su elevado interés, reproducimos en facsímil.

Grabado en su lápida, puede leerse este epitafio: «Aplauso merece el espíritu que agita.»

Sus amigos decidieron conmemorar anualmente su muerte con la visita de las autoridades y el público a su tumba, que se vio adornada incesantemente con flores hasta el comienzo de la guerra civil, que enterró definitivamente el recuerdo de éste y otros hombres progresistas de cultura. Ésta la finalidad de la Biblioteca de autores almerienses: recuperar y valorar la valía de estas mujeres y hombres, su legado y su obra literaria.

La redacción de *El Radical* (10.3.1916) ensalza la figura de su antiguo director con un expresivo texto:

«LOS MUERTOS MANDAN»  
HOMENAJE DE ALMERÍA A PEPE JESÚS

Los que hacemos esta hoja volandera donde palpita el alma de la ciudad con todas sus bravas rebeldías, sentimos hoy, al par que un profundo sentimiento, una íntima satisfacción. Al caer el caudillo, enarbolando la bandera almeriense, con los ojos fijos en el porvenir de Almería, nosotros, humildes discípulos, quisimos perpetuar su memoria, levantando del surco en que había caído este periódico, grito de todas las causas nobles, portavoz de todos los ideales de justicia; que fue un día crisol donde se fundieran las ideas magistrales de Pepe Jesús.

La ciudad rinde hoy homenaje de amor al caudillo de las democracias almerienses, al hombre cumbre, que tocó con sus manos las nieves de las crestas, derritiéndolas al conjuro de sus palabras de fuego... Nosotros, sobre su tumba, rezaremos la oración de nuestra rebeldía, y le ofrendaremos este periódico, un poco pequeño materialmente, pero grande de alma, porque en sus columnas palpita el ideal, por el cual murió el maestro, y por el cual moriremos nosotros también.

La muerte de JJ produjo una importante conmoción en las personas y los medios por él frecuentados. Concluyo esta breve incursión en la prensa —con la esperanza de que aparezca una merecida biografía de JJ— con la participación de otra de las personalidades más destacadas del fructífero periodo que denomino «entre repúblicas (1873-1939), en el que se da la época más brillante de la literatura almeriense. Se trata de la periodista y escritora almeriense Carmen de Burgos, quien dedica unas sentidas reflexiones a la muerte de su amigo:

Muchos años hace que yo no veía al malogrado amigo. Su muerte ha llegado hasta mí con ese eco doloroso que trae la noticia de la muerte de los amigos lejanos, cuyo trato abandonábanlos un poco por la confianza de que estaban ahí y cuya desaparición nos hace reprocharnos la negligencia. La última vez que hablé con Pepe Jesús fue en el Pardo,

un día que nos escapamos de la ciudad y con Fermín Gil, Maximino R. Agudo y algunos otros amigos fuimos a leer y bautizar su libro *Broza* en plena naturaleza. Allí leyó Pepe Jesús en borrador sus cuentos; el paisaje sombrío del Pardo se iluminaba con la visión de nuestra luz de Andalucía y bajo los nogales y los carrascos parecía florecer toda nuestra vegetación africana, apasionada, cálida; su evocación de diligencias, de carreteras y de ventas nos hacía caminar hacia el suelo nativo y sentir el sabor de aquel pan moreno de trigo candeal.

¡Pobre amigo! Dije esta frase muchas veces antes de su muerte, la dije cuando vi que el hombre político mataba en Pepe Jesús al novelista, al artista, al autor de *Quitolis*. La política nos robó una gran parte de esa hermosa inteligencia y de la obra que nos hubiera legado. Es que el hombre de genio ha de hacer solo una política de director, de sembrador de ideas, dejando a otros el cuidado mezquino del cultivo y la recolección. Pepe Jesús era un hombre de talento, de un espíritu amplio, liberal, enamorado de los ideales. Si los almerienses hubieran sabido conocer su genio y libertarlo de la cadena impuesta en una labor local para dejarlo laborar en un campo más amplio, más elevado, más humanitario, hoy el legado de Pepe Jesús a las letras patrias sería extenso y maravilloso. De cualquier modo los libros que nos ha dejado Pepe Jesús bastan para perpetuar su nombre y honrar a la tierra en que nació. Tal vez yo no debí esperar que me pidieran estas cuartillas después de su muerte, debía haberlas escrito en vida cumpliendo un deber de estimular a esos hombres de talento que tenemos en nuestra tierra como Antonio Ledesma y Plácido Langle, de un valor más sólido y positivo que algunos de esos escritores cuya fama forman las gacetillas, y que se dejan aplanar por ese clima enervante y por un medio más enervante aún. Sería mejor no esperar la muerte para el homenaje ni el triunfo para la consideración, descanse en paz el desdichado e insigne amigo.

Carmen de Burgos (COLOMBINE)

Con la publicación de la obra de este insigne escritor damos un paso más en la recuperación de aquellas ilustres figuras que la dictadura franquista sepultó cubriéndolas con una pesada losa a partir de 1939.

Es ésta una apropiada ocasión para invitar a los investigadores almerienses a la realización de estudios más ordenados, extensos y documentados sobre la obra de éste y otros autores.

La edición va precedida de dos interesantes aportaciones. La primera, un excelente Prólogo del profesor y escritor José Siles Artés, en el que centra su atención, principalmente, en el autor y en el protagonista como elementos esenciales de la novela. La segunda consiste en un artículo muy bien documentado sobre el autor, fundamentalmente, en su condición de jurista, profesión compartida por el autor del mismo José Ramón Cantalejo Testa. A uno y otro como al profesor Antonio J. López Cruces agradezco su colaboración y reitero mi sincero agradecimiento.

A continuación, ofrecemos la novela, *Quitolis*, que, como ya se advirtió, reproducimos en facsímil para unir a su interesantísimo contenido la belleza de la magnífica edición catalana de 1915.

A *Quitolis* sigue «Sin pies ni cabeza», una encantadora autobiografía de JJ que nos ofrece muy interesantes datos sobre su vida.

El libro concluye —en la contraportada— con una bella y sentida elegía de su amigo el poeta Sixto Espinosa Orozco (1897-1970), publicada en el periódico *El Día* (12.3.1916).

Cerramos este volumen con la inclusión —también en facsímil— de dos números de la revista *Patria y Poesía* dedicados al recuerdo y alabanza de JJ.

Para finalizar, una vez más, los lectores almerienses estamos en deuda con la UNIVERSIDAD DE ALMERÍA y la Fundación Bancaria UNICAJA por su aportación, con esta coedición, al rescate, conocimiento y disfrute de la obra de nuestros escritores olvidados.